This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

855,817

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

,

ENRIQUE DE MESA

FLOR PAGANA

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Calle de Olid, núm. 8.
1915

ENRIQUE DE MESA

FLOR PAGANA

BÍBLICA—SERRANAS—DE LA VIDA
DEL ENSUEÑO

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Calle de Olid, núm. 8.
1905

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

Á LOS SEÑORES D. JACINTO OCTAVIO PICÓN, D. ALFREDO VICENTI Y D. JOAQUÍN DICENTA: HOMENAJE DE ADMIRACIÓN, DE GRATITUD Y DE CARIÑO.

ENRIQUE DE MESA

FLOR PAGANA

868
M578 fl

+ E
-5-54

FLOR PAGANA

Dadivosa eres de amor, pródiga de tus gracias: por eso los hombres te aman.

Tu pelo de oro, como trigal por Mayo: negros son tus ojos como noche sin fulgor de estrellas: y tu aliento, tibia caricia de campo oloroso y húmedo.

Tu voz rumor de corrientes, armonía de viento en arboleda, canto de ave en la alborada: miel que fluye del panal de tu boca.

Montones de nieve tus pechos, en que florecen rosas: tu talle palma del viento mecida: y la sangre, que oculta corre, da calor al mármol de tu cuerpo.

Tus hombros suaves lomas albas: tus manos como lirios, umbrales del amor, comienzo blanco de un camino de besos.

Tu vientre, arca sagrada de amorosos frutos.

Tus muslos, obra de torno de artífice supremo: humano prodigio tus piernas, fuertes columnas que sostienen la voluble ligereza de tu corazón.

Tus pies, manojos de jazmines que exhalan el fragante contorno de tu figura.

Entre boscaje se esconde el lugar deleitoso: fuente de amor y manantial de vida.

Tu andar airoso, dulce rima de amor: ligera eres, como paloma que acude al arrullo.

Tu piel suave y tersa, como membrillo tempranero: graciosa tu sonrisa: luz de perlería asoma en el jirón carmíneo de tus labios.

Tu nariz aletea como ave prisionera, abrasada bajo el fuego de sombra de tus ojos.

Tus orejas diminutas, amasadas de leche y rosas: el oro de tu pelo las defiende y tiembla al cálido soplo de mil cuentos de amor.

Tu nombre, risa que seca el llanto: esperanza de dulzor tras la amargura: cicatriz de dolores.

No hay fragancia como la fragancia de tu carne; ni perfume como el perfume de tu pelo; ni aroma como el aroma que exhala el clavel de tus labios.

Corre por los campos, sube por las laderas de los montes: deja en los sotos florecidos rastro de deleites y estela de caricias. Mira que bajo las frondas hay nidos de amor, y en las oquedades de las rocas refugios de ventura.

¡Ven, amada mía! En tu cuello cándido he de colgar los collares de mis besos: serán mis brazos cinturón que, sin romper, oprima el junco de tu talle: y mis manos hallarán sabroso escondite en los graciosos áureos ricillos de tu nuca.

*
* *

Girasol de los valles mi espíritu, esclavo de la luz de tus ojos.

Tierra generosa que á todos se ofrece, así tu cuerpo: tu espíritu, alocada mariposa que en muchas flores liba.

Infiel eres, como hermosa. ¡Bendita tu infidelidad mil veces!

Gusté en tus labios el calor de otros besos: también besarán sobre las huellas de los míos. ¡Qué importa si tus pupilas fueron un instante espejo de mis ojos!

Grácil eres como tallo de ribera: alegre y ondulante como regato de serranía.

Breves son los remansos en que tu amor serena: como las aguas, tornas á despeñarte loca.

Y por campos yermos y tierras que florecen, esparces la rumorosa alegría de tu canción eterna.

BÍBLICA

CRISTO, SOLO

Y descendió Cristo de los cielos y volvió á la tierra.

Y los hombres se alborozaron en su presencia, y los que se decían cristianos tuvieron regocijo.

Y alfombraban con las vestiduras su camino, y en él esparcían ramos y hojas.

Y las alabanzas llenaban el aire.

E íbale siguiendo una gran muchedumbre de gentes.

Y eran aquellas gentes hipócritas, y su contento fingido, y su alegría falsa. Y caminaban, en pos del Nazareno, con la mirada entristeci-

da por la visión de la culpa; la frente inclinada al peso del pecado.

Mas viendo Jesús á todo este gentío, subió á un monte: en él nacían las cruciatas de flores azuladas.

Y apareciose á la multitud como á los apóstoles en la cumbre del Tabor; su rostro, resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve.

Y por la llanura se extendieron las gentes.

Y toda la ocuparon: los sacerdotes, falange negra que á trozos purpureaba con las sangrientas notas de sus altas jerarquías; los guerreros, tropel abigarrado que aturdía con su estruendo y deslumbraba con su brillo; los ricos, franja de luz con destellos de poderío y riqueza; los pobres, mancha de sombra en el triste desamparo de su desnudez y de su miseria.

Y la voz de Jesús hendió los aires.

Y era la voz dulce que en Galilea predicó el Evangelio del reino.

Y era la voz suave que, con perdón de pecados, prometió eternas bienaventuranzas.

Y era la voz divina que á Simón limpió de la asquerosa lepra, resucitó á Lázaro y espantó los malignos espíritus.

Y era la voz sublime que hizo á los cojos andar, á los sordos oir, á los ciegos ver.

Y las palabras se aromaban en la mística flor de sus labios.

Y se extendían en oleadas armoniosas sobre la muchedumbre.

Y dijo Jesús:

«He aquí que soy el sembrador que viene á visitar sus campos, á ver si fructificó la semilla. Hablad, que por vuestras palabras habréis de ser justificados y por vuestras plabras condenados.»

Y nadie habló.

Y Jesús, dirigiéndose á los sacerdotes, dijo:

«Vosotros sois los primeros, la luz del mundo. En vuestras manos encomendé mis enseñanzas y mis doctrinas. Potestad os dí para curar enfermos y sanar leprosos. Id en busca de las ovejas perdidas en casa de Israel, os dije. Y hallo la cristiandad enferma, mis enseñanzas en el olvido, mis ovejas descarriadas. ¿Cumplísteis mis preceptos?»

«No poseáis oro ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, os dije. ¿Lo habéis cumplido?»

Y de la turba negra se alzaron confusos rumores: las iras del pecado.

Y la voz de Cristo se oía claramente.

Y eran sus palabras sobre el gentío como las blancas gaviotas sobre los mares, que, bajando del cielo, sin temor de sus furias, lo rozan con sus alas.

Y las furias de los mares no logran ahogar las blancas gaviotas, ni las furias de los hombres las palabras divinas.

Y, volviendo la espalda á Cristo, los sacerdotes se alejaron ensombreciendo el valle.

Y algunos no querían irse. Y eran los sacerdotes de fe sencilla, alma candorosa y virtud austera; los que consuelan el infortunio y la necesidad alivian y remedian la desgracia.

Y eran pocos y los malos los arrastraron.

Y la voz de Jesús los azotaba.

«¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos á los hombres; porque ni vostros en-

tráis ni dejáis entrar á los que entrarían! ¡Guías ciegos! ¡Sepulcros blanqueados!»

Y las gentes no veían que los sacerdotes abandonaban á Cristo. Y, arrodillándose á su paso, besaban las orlas de sus túnicas.

Y vibró en el espacio la advertencia evangélica.

«Guardáos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura producen uvas los espinos é higos los abrojos?»

Y ya los sacerdotes habían desaparecido.

Y otra vez la boca del Maestro vertió como óleo derramado, sus divinas enseñanzas.

Y predicó la verdad y el bien; la caridad oculta y la limosna secreta; la oración fervorosa nacida del alma y no de los labios.

Y los que debían su medro á la ostentación de sus devociones le abandonaron, y los que obtenían lucro con la publicidad de sus sentimientos, hipócritamente se alejaron de él.

Y eran muchos.

Y Jesús continuó:

«En verdad os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella.»

«No resistáis al mal; antes si alguno os hiriere en la mejilla derecha, presentadle la izquierda.»

«El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.»

«Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian.»

Y al escuchar las palabras de Jesús, unos en pos de otros, muchos hombres perdiéronse en la llanura.

Y eran los adúlteros, los vengativos, los iracundos y soberbios; los envidiosos.

Y la envidia dejaba á su paso la tierra amarillenta é infecunda.

Y eran las almas de aquellas gentes, secas como la higuera de Betania, y en el camino de perdición, no aspiraban los dañinos perfumes de las flores del mal, ni gozaban los engañosos deleites del pecado.

Y el lucido tropel de armas rodeó el monte.

Y Jesús dijo:

«¿Acaso sois vosotros combatientes de la virtud, soldados de la fe?»

Y contempló con amargura la necia soberbia de sus divisas, la hinchada vanidad de los motes y empresas que adornaban los pendones y campeaban en los escudos como cifra de nobleza y emblema de gloria.

Y nadie rompió el silencio.

Y Jesús continuó:

«Paz traje á los hombres. Mi reino por el amor se conquista. Crió mi padre cándidas palomas, no buitres carniceros, ¡Ay del que ensangriente la tierra!»

Y el ruido de las espuelas denotó el temblor de los soldados.

Y nada dijeron.

Y los combatientes de la ambición, del egoísmo y la avaricia, volvieron las espaldas á Cristo y se alejaron por la llanura.

Y el gentío, ofuscado por su luz y aturdido por su estruendo, con entusiasmo los aclamaba.

Y el sol avivaba los colores de los escudos, quebrábase en el oro de los bordados y hacía brillar las corazas y fulgir los aceros.

Y la voz del Redentor los perseguía:

«Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ó ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida?»

Y el viento, soplando con fuerza, se llevó en sus alas el rumor guerrero.

Y una nubecilla ocultó el sol á los hombres.

Y perdieron los colores su viveza, los bordados sus reflejos, su brillo las corazas, los aceros sus fulgores.

Gloria efímera, vana pompa, ruido á merced del viento que sopla; falsa luz, de otra reflejo, que la nube desvanece.

Y la franja luminosa con destellos de poderío y de riqueza se acercó al monte.

Y Cristo, tras sus esplendores, columbró las desnudas carnes de la pobreza.

Y sonrió amargamente, diciendo:

«El que tenga dos túnicas que dé una.»

Y nadie obedeció la voz divina.

«No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consumen, y en donde ladrones los

desentierran y roban. Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo en donde ni orín ni polilla los consumen, y en donde ladrones no los desentierran y roban.»

«Porque en donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. Y si lo tuyo vendes y lo das á los pobres, tendrás un tesoro en el cielo y digno serás de bienaventuranza.»

Y á esta propuesta los que tenían muchos bienes se entristecieron.

Y se alejaron de Cristo.

Y echando Jesús una ojeada alrededor de sí, dijo:

«¡Oh, cuán difícilmente los acaudalados entrarán en el reino de Dios! ¡Hijos míos, cuán difícil cosa es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios!»

Y los ricos, vueltas las espaldas á Cristo, que es la luz, caminaron hacia la sombra.

Y sólo quedó en la llanura la turba harapienta y miserable.

Y eran los hombres desnudos á quienes el hambre hace dudar y el desamparo hace maldecir.

Y eran aquellos los preferidos de Jesús. Y mirándolos con ternura, dijo:

«Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajo y cargas que yo os aliviaré.»

Y aquellas gentes, no escuchando á Jesús, se desparramaban como ovejas sin pastor siguiendo á los ricos.

Y viéndolo, dijo Cristo:

«Ninguno puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podéis servir á Dios y á las riquezas.»

Y de la turba de víctimas sociales se alzó formidable clamoreo.

Y muchas voces decían:

«Odiamos á los ricos, pero somos sus siervos. Para ellos son nuestro trabajo y nuestra vida; los desperdicios de su mesa para nosotros. Ellos nos dan los harapos que nos cubren.»

Y la voz de Cristo rebosando de tristeza, llenó los aires:

«¿No es más el alma que la comida y el cuerpo más que el vestido?»

«Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan en trajes y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas?»

«Considerad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan.

Y yo os digo que ni Salomón con toda su gloria fué cubierto como uno de éstos.»

«Pues si al heno del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe?»

«Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.»

Y de las gentes que se alejaban salieron voces diciendo:

«¿Y el pan de mañana?»

Dijo Jesús:

«¿Hay por ventura alguno entre vosotros que pidiéndole pan un hijo suyo le dé una piedra? No andéis cuidadosos por el día de mañana. Le basta al día su propio afán.»

Y la voz del Nazareno llegó á la muchedumbre con dejos de amargura terrena y modulaciones de humano sollozo.

Y se conmovió el gentío miserable, y la turba vaciló y se detuvo.

Con igual acento ellos pidieron pan y abrigo.

La voz del Hijo de Dios, humanada por la amargura, con temblores de súplica, penetró en sus corazones.

Y los pobres pensaron que si fueran ricos no abandonaran á Cristo.

Y no comprendían que el oro y la molicie endurecen el corazón y engendran el pecado.

Mas temieron la cólera de los ricos, y siguieron sus pasos.

Y las palabras de Jesús iban en pos de ellos dulces y tristes:

«Tomad mi yugo sobre vosotros; porque suave es mi yugo y ligero el peso mío.»

Y ya los pobres habían desaparecido.

Y quedó la llanura desierta.

Y Cristo, solo.

Y al verse abandonado, su voz dulce endurecióse, y dijo:

«¡Hipócritas! Con razón profetizó Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.»

Y en un instante padeció todos los dolores sublimes de su olvidada y estéril pasión reden-

tora: sintió en sus hombros el peso del manto de púrpura, en sus sienes las punzadoras espinas que como rey del dolor le coronaran; en sus manos el irrisorio cetro de caña.

Y vió que el pueblo, arrodillado, escarnecía su majestad, diciéndole:

«Dios te salve, Rey de los judíos.»

Y sintió los salivazos en sus mejillas.

Y esta vez no tuvo Cirineo que le llevara la Cruz, ni cariñosas manos que enjugaran su frente.

Y el rostro divino no quedó impreso en el lienzo por el sudor humano.

Y los clavos abrieron en sus carnes cruentas desgarraduras.

Y al lanzazo, de su costado brotó la sangre.

Y apuró las hieles. Y sus labios gustaron la amargura del vinagre.

Y esta vez el sol no se obscureció ni tembló la naturaleza; no se rasgó el velo del templo; las piedras no se partieron; los muertos no resucitaron.

Y hacía más doloroso el tormento, la risueña quietud de la tierra que bajo el sol dormía, el

piar gozoso de las golondrinas azuladas, aves del cielo que, indiferentes á su martirio, revolotean en torno de la redentora cabeza.

Y bajo el cielo azul y el sol esplendoroso, en la cumbre del Calvario que la humana maldad eterniza, por el dolor transfijo y de la Cruz pendiente, de todos abandonado, en la soledad amarga, el Hijo de Dios lloró como los hijos de los hombres.

SERRANAS

DE LAS CIUDADES VIEJAS

Yo guardo de las ciudades viejas, allá en lo hondo del alma, en el lugar oculto donde se recatan las sensaciones que se gustaron con íntimo deleite, un melancólico recuerdo.

He recorrido, en lo más inclemente y rigoroso de la estación inverniza, cuando la nieve cubre las veredas del monte y el hielo endurece los caminos del llano, los pueblos seculares y tristes que asientan su pardo caserío en el yermo de Castilla. Sus nombres evocan memorias de fueros, suscitan rumores de armas. Y en la diligencia, cuya marcha riman el chirrido de los gastados ejes y el tembleteo de los vidrios

roñosos, pienso en el vivir miserable de estos lugares viejos, no por soleados alegres, ni por hidalgos ricos.

Fronteros del sitio que ocupo, sobre la resobada banqueta del carricoche desvencijado, se acomodan un labriego y una aldeana. Envuélvese el hombre en parduzca capa: es alto, huesudo, seco; cristaliza en sus ojos la serena tristeza de un crepúsculo castellano. La mujer, chata y recia, es trasunto y copia de la serrana de Malagosto, que con sano y burlesco regocijo cantara el Arcipreste.

Habla el labriego, y su charla grave es continua y mansa queja. «Hogaño está la tierra muy castigada del cielo; las cosechas no se logran; la que respetan los hielos la arrasan los pedriscos; están vacías las trojes, la vieja baldada, la yunta enferma...

La mujer, doliente y lacrimosa, le ataja con el relato de sus desventuras. «Es pastor el marido, y los frios del hato son muchos: ella sola no puede cultivar su huertecillo; en la pasada primavera, la oruga se comió los frutales: la moza se seca á par del huerto...

Y su monótona quejumbre se ahoga en la soledad y en el silencio de la planicie nevada.

Por los jirones de la niebla, asoman los rayos de un sol de invierno y su caricia se extiende por el albo terruño. Ni una casa, ni un hombre. De trecho en trecho, amarillean sobre la nieve las barbas de un rastrojo. Oyese lejano campaneo.

Una arboleda anuncia la proximidad del pueblo. El coche penetra en la villa entorreada, y el cascabeleo de sus colleras alegra las dormidas calles; luego se detiene frente á solariega casa. El sol doró sus muros; ostenta floreados herrajes, zaguán espacioso y ancho portón, señoreado por nobiliario escudo. En uno de los balcones tiembla el visillo, y alzado por mano femenil y blanca, descubre el rostro pálido, la esbelta figura, la mirada soñadora y triste de mustia doncella. Y yo pienso que acaso la llegada del coche sea la nota alegre que rompa el monótono curso de una vida de meditaciones y rezos.

En demanda del correo acude una moza. Un anciano acércase á las mulas chapoteando en

el aguazal de la calleja. Una mujer nos mira indiferente; otra aguija á un cerdo, que en su carrera sobre el fango derriba á un chicuelo sucio. A grandes sorbos el zagal apura un jarro del alegre vinillo de ribera. Rítmicamente gotean las gárgolas de la casa noble.

Y otra vez la diligencia cruza los nevados campos de Castilla; y otra vez se detiene junto á la casa hidalga; y otra vez tiembla el visillo y pega á los cristales la frente marchita una doncella triste.

Al caer de la tarde llena mi corazón extraña melancolía. En la última parada el visillo no tiembla, ni tras los vidrios asoma la interesante figura de la muchacha enfermiza. En el espacioso zaguán de la casa solariega, una anciana enlutada y llorosa, platica con una mujer del pueblo. Y oigo que la aldeana dice plañidera

«¡Pobre señorita Ignacia!... ¡Qué golpe para la señora!...»

Apura el zagal su último jarro, y la diligencia arranca de nuevo.

Envuelto en su parduzca capa, el labrado ronca; dormita la serrana, cabeceando á com-

pás de los tumbos del coche. Y yo, mientras el hombre ronca y la mujer dormita, forjo con el recuerdo de todas las frentes pálidas, de todos los ojos tristes, de todos los cuerpos lánguidos, una ideal figura de doncella, muy pálida y muy triste. Y la veo marchitarse, con el rostro pegado á los vidrios, esperando ansiosa, día por día, el retozón cascabeleo que alegra las dormidas calles. Y la contemplo muerta, entre el desesperado plañir de la madre y el llantear sosegado de la fiel servidumbre.

Y mi espíritu, en briosa floración romántica, llora en el silencio de la noche y en la soledad del yermo castellano, por las doncellas tristes que se marchitan en las ciudades viejas.

LA LOBA PARDA

Oid un viejo romance de la sierra.

Yo lo escuché, de labios de un zagal, una tarde de invierno brumosa y triste. Cuenta el romance añejas andanzas de pastores y lobos, y por sus versos corren ráfagas invernales; sólo lo ilumina y templa la esperanza ténue de una primavera riente y fecunda. Evoca su ritmo el paraje desolado y agreste. Envuelto en el encanto del misterio, tiene el candor infantil de las antiguas leyendas: dialogan pastor y lobo, y á los requerimientos de la fiera hambrienta replica el hombre con montaraz jactancia.

Fué en el rigor de la invernada. La nieve que cayera en la noche había borrado los senderos; yo caminaba aterido bajo el cielo nevoso; temblequeaba dentro de mi capotón recio, con el rostro encendido por el azote de la ventisca. Era la jornada áspera y dura. Resbalando en la nieve, mil veces me perdiera en su monótona blancura sin embocar el puerto. Hube de bordear las asperezas de roquedal bravío, y, traspuesta la cumbre, atravesé los piornos abatidos al peso del nevazo; luego crucé un retamar; más tarde me acogió la cándida fronda de un pinar centenario.

En el silencio de la montaña, una esquila tintineó melancólica. La vereda perdíase en un calvero. Un pastor salió al camino.

Era mozo; bajo su manta, jironada por el uso, asomaba el zamarro; zahones renegridos y lustrosos resguardaban sus piernas de la humedad serrana; mugrienta boína protegía sus greñas.

—¿Queda mucho para el pueblo?

—Poco, señor.

—¿Me perderé en el camino?

—Desde la salida del pinar no tiene pierde.

—¿Quieres acompañarme?

Nada dijo. Fijó un momento en mí la indiferencia de sus pupilas claras, y comenzó á caminar por entre los pinos, monte abajo.

Soplaba furioso el cierzo, y la nevisca, que antes cayera pausada y lenta, tornóse alegre y danzarina. Declinaba la tarde, y la voz del zagal, clara y vibrante, rasgó su helado silencio:

Las cabrillas van muy altas,
la luna va arrebatada,
las ovejas de un cornudo
no paran en la majada.
Estando el pastor en vela
vió venir la loba parda.
—Llega, llega, loba parda;
no tendrás mala llegada
con mis siete cachorrillos
y mi perra truquillana
y mi perro el de los hierros,
que sólo para tí bastan.—
—Ni tus siete cachorrillos
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros,
no valen para mí nada.
Entró y sacó una borrega,
hija de una oveja blanca,

que la tenían mis amos
pa la mañana de Pascua.
—Aquí, siete cachorrillos;
aquí, perra truquillana;
aquí, perro el de los hierros,
á correr la loba parda.—
Siete leguas la han corrido
por unas grandes montañas,
y siete la han arrastrado
por unas veredas llanas.
Al subir un cotarrito
y al bajar una cotarra,
salió el pastor al encuentro
con un cuchillo sin vaina.
—Pastorcillo, no me mates,
por Dios y la Virgen santa,
que diré á mis compañeros
que no vuelvan á tu piara.
—Siete pellejitas tengo
para hacer una zamarra;
con la tuya serán ocho
pa acabarla de aforrarla.
Las patas para manguitos,
las orejas *pa* polainas,
y el rabo para agujetas
para coserme las bragas;
y en caso que sobre algo
pa hacer un mandil *pa* el ama.

Calló el pastor. Y el cierzo gemebundo arrastró en sus ondas de hielo la última cadencia del romance serrano.

—¿Quién te enseñó el romance?

—Mi padre.

—¿Lo inventó él?

—No, señor; mi padre se lo oyó á mi abuelo.

—¿Era pastor tu abuelo?

—Lo mismo que padre.

Habíase perdido en el espacio el último verso y aún escuchaba su ritmo. Era el romance que los pastores viejos cantaban en los hatos, allá en las noches largas, para alejar del corazón de los zagales el miedo del lobo.

Hubo un silencio. El pastor caminaba ligero, sin que sus abarcas dejasen huella en la crujiente nieve. Al coronar una loma paróse en firme y con su brazo señaló una dirección. Allí estaba el pueblo. Su caserío tiritaba bajo el manto de la nevasca; sólo indicaba su existencia la torre de la iglesia y el humo que lento ascendía de sus hogares.

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señor.

—Pues adiós, Juan; ya nos veremos.

Tornóse el pastor al hato, y yo, animoso, me aventuré en la senda que ondulaba en el robledo. Bien entrada la noche llegué á la aldea.

Después de un largo caminar sobre la nieve, ¿quién no ha sentido la voluptuosidad exquisita de la posada en el pueblecillo de la sierra?

En el zaguán obscuro sacudís, como matojo en primavera, los copos que blanquean vuestro capote; demandáis sitio en torno del fuego, y mientras la moza os escancia el retozón vinillo de la tierra, escucháis de labios de un serrano viejo los fríos fabulosos de las invernadas de antaño.

¡Antes eran las nevadas más fuertes y los lobos más feroces!

Llaman á la puerta, y un nuevo caminante reclama puesto en el hogar.

Es un baratillero que recorre los pueblos de la serranía. Viene de Canencia, y, dentro de su anguarina parda, farfulla que los negocios están malos, que la nieve cierra los puertos y dificulta los caminos del valle, que cada madru-

gada alumbra nuevas fechorías de los lobos hambrientos.

Un trago del pardillo de Escopete ahoga las quejas.

Y de tiempo en tiempo el cierzo silba, y los cristales temblequean, y cae el hollín en la brasa, y un copo que penetra por la chimenea, enorme y solitario, se evapora en la cresta de las llamas rojizas. Y antes que el silbo se extinga y se evapore el copo, el viejo pastor dice con ademán solemne:

—Este, este es el lobo que mata nuestros corderos.

Y yo adormezco junto á la lumbre, mientras el viento simula aullidos y la brasa finge el fosforescer de las pupilas de la loba parda.

. . . . . .

. . . . . .

Vuelvo á la sierra en primavera y recorro el camino del invierno.

Zarandeados por los vientos marzales, los piornos han sacudido su carga de nieve; lloran los pinos sus invernales rigores, y el sol no tiene fuerza bastante para enjugar su lagrimeo.

En el pinar alcanzo á unos pastores que bajan á la aldea. Es la Pascua, y llevan cruzados sobre sus hombros los corderos que han de sacrificarse.

Pregunto por Juan, y me dicen que Juan ha muerto de frío.

Bajó una tarde á la aldea y no tornó al hato. Retuviéronle hasta la noche el amor de la moza y el amor de la lumbre. Intentó subir luego, y, por ser la niebla espesa y la ventisca fuerte, no acertó el camino.

—Allí le encontramos—dice el más anciano de los pastores,—junto á los pastizales, al pie los canchos, á la vera de aquel *boyizo*. Y su brazo indica el agrio declive de un barranco, en cuyo fondo, mugiendo, salta un torrente espumoso.

Caminamos en silencio. Al terminar el robledo, en la primera y suave ondulación del monte, asoma el pueblo su albo caserío, envuelto en los últimos jirones de la niebla azulada. El agua en las caceras ríe bullidora y salpica sus espumas á las márgenes, florecidas de margaritas blancas. Vestidas de fiesta, circulan

por las callejas las mozas, y brillan al sol sus pañuelos rameados y sus zagalejos de colores vivos.

Y mientras el valle en su lozanía se alboroza, refugiado en las altas cumbres el enemigo del pastor, el lobo del invierno, enarca su blanco lomo, que se destaca del azul de un cielo castellano.

Y parece que, envuelto en los aromas de la brisa abrileña, flota irónico el ondulante ritmo del viejo romance serrano:

Ni tus siete cachorrillos,
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros
no valen para mí nada.

Y las campanas voltean jocundas. Y los hombres, para celebrar la Pascua, sacrifican los cabritos más tiernos de sus rebaños: los que no devoraron los lobos durante las largas noches de ventisca y hielo, en las rabiosas hambres invernizas.

LAS BRUJAS DE LAS AGUAS

En la espesura del pinar oyóse rumor de aleteos: un pájaro gorjeó tímidamente. Amanecía. La luz primera, cruda y blanca, acarició las cumbres, aún con albura de nieve. Luego, el sol arrancó de soslayo carmíneos reflejos á los retamares florecidos; corrió en amplia pincelada de oro sobre el verdor austero de los pinos, por torrenteras y canchales; apagó su fuego en las frescas aguas de los regatos reidores.

Con el día despertaban los hatos. Perdidas en el silencio de la montaña oianse lejanas voces de zagales y cabreros; de vez en vez alguna esquila sonaba, perezosa y distante. El sutil

airecillo serrano envolvía en su frescura fuertes olores de resinas y de retamas, fragancias bravías de tomillos y cantuesos.

Anunciábase la jornada, dura y fatigosa; la tibieza del ambiente á tales horas era nuncio de un medio día caluroso. Yo caminaba á suerte y ventura por las fragosidades de la serranía, siguiendo los ondulantes senderos, las trochas apenas trilladas por el paso de cabras y pastores.

Era un deleite trepar por la roqueda, hundir en la hierba menuda de los pastizales los pies doloridos en las asperezas de agria pedriza, calmar la sed y la fatiga á la sombra de alguna peña cubierta de verdosos líquenes, bebiendo de bruces el agua clara y pura, nieve deshecha que borbotea humilde.

En la sierra existen manantiales de diablos y fuentes de brujas, encantadores parajes sobre los que aún pesan las maldiciones demoniacas, rastro doloroso de la Edad Media.

Reclus, en *El arroyo,* libro admirable, que tiene el frescor, la transparencia y la armonía de las aguas que corren, habla de esas temidas

fuentes, abandonadas por la superstición campesina.

Muchas veces he leído sus páginas junto al torrente de la montaña, en los manantiales del valle, al borde mismo de esos lagos de profundidades azules, cárcel maldita de brujas y de trasgos para los hombres tristes de los siglos medios, alcázares cristalinos de náyades y ninfas para los hombres alegres de la riente Grecia. Leyéndolas, he deplorado con Reclus que el catolicismo supersticioso, con temores de infierno, viera muecas de diablos en las aguas y en las fuentes donde los gentiles advirtieran sonrisas de dioses.

Fatigado y sudoroso llegué á la laguna, que entre graníticas rocas remansa sus aguas puras, cercana de la cumbre. Sentía el apresurado latir de las sienes; me tumbé en la orilla; un instante vi temblequear, tras el vaho de la tierra caldeada, la azul lejanía del paisaje. Allá, en la altura, dos águilas revolaban majestuosas, serenas.

Dos cabreros se acercaron, curiosos de mi presencia. El más viejo llevaba, en su curtido

rostro, impresas las huellas de muchos soles de muchos hielos; el zagal hacía calceta y fijal en mí la indiferencia estúpida de sus ojos grise

El viejo me relataba con voz cansina la hi toria de la laguna.

«Él era de Rascafría, y jamás salió de aqu llos contornos. Conoció inviernos de fríos y c lobos. La laguna era muy perra. Mugía com un demonio maldito. De ella hablaban esos to mentazos, castigo de los huertecillos del vall Nunca viera á persona humana bañarse en su aguas. Diz que arrojaban fuera los redaños d atrevido.»

Yo miré la superficie, tranquila, tersa.

Por dejadez y abandono de la voluntad, pc enfermizo movimiento del alma, acaricié u instante, ensoñador y poeta, el encanto super ticioso del lago profundo. Miré á los cabrero: Asomaba á sus ojos claros el temor ignoran y pueril de sus petrificados espíritus.

Más tarde sentí un cosquilleo de vida, ur protesta de la razón fuerte, armónica y paga na, contra las sombras medioevales del espír tu católico y legendario.

Parecióme que el ramaje de los pinos y las oquedades de la sierra aún guardaban los ecos de la franca risa, seis veces centenaria, con que el regocijado arcipreste celebrara sus picarescas aventuras con vaqueras y pastoras de Lozoya y Riofrío. Creí escuchar el ritmo viejo de aquellas sus cánticas de serrana, en que, epicúreo, palpita y late el goce de vivir, donosa burla de la bucólica falsa y fría de los cancioneros.

Presuroso me despojé de las ropas, y de cabeza me arrojé al agua. Con fuerte empuje de pies y brazos torné á la superficie. Nadé con brío.

Los pastores habíanse alejado, con temor supersticioso. Yo oía los silbidos y las voces con que procuraban atraerse sus ganados, el sonar de las esquilas cada vez más dulce y más distante.

Roto el encanto de la leyenda, mi torso desnudo, estremecido por la helada caricia de las ondas, brilló al sol y sintió su ardorosa caricia de fuego.

Y sano, vigoroso, gusté la dicha de hender el cristal de aquellas aguas, alegría de la tierra, espejo del cielo.

EN EL CAMINO

La bocina del automóvil disuena en el silencio perezoso de la siesta. Los foncarraleros duermen; algún vecino abre su puerta, cerrada á la luz cegadora del sol de Julio, y asoma soñoliento y curioso. Las gallinas huyen, cacareando, con aleteo torpe; un chiquillo nos arroja una piedra; un perro nos ladra. Y el automóvil, raudo, cruza el pueblo misérrimo y sigue el camino que blanquea entre yermos eriales y campos de rastrojos.

Yo, amante del largo viandar en jornadas duras, sobre nieves invernizas y bajo soles de estío, siento en este viaje extrañas impresiones.

Antaño, en mis viajatas de peatón, arboledas, campanarios y cerros esperábanme en lejana quietud desesperante. Una venta era lugar de deleite con el regalo del vino fresco y de la sombra propicia. Sentíase la voluptuosidad de la fatiga en el placer del descanso.

Ahora el paisaje hacia mí avanza, y arboledas, campanarios y cerros á mi encuentro vienen presurosos, á mi lado pasan fugaces y en la tolvanera rápidos se pierden. Contemplo las ventas, sin agobio de sed ni de fatiga. No ansío la frescura del vino ni la benignidad de la sombra. El aire de la marcha templa el fuego del sol. Y los ojos, hastiados de la monótona aridez de la llanura, tropiezan en la ondulación graciosa de una cabecita rizada, en un velillo azul, moteado y ligero, que sin celar el rostro flota al viento.

El automóvil corre y la bocina suena.

Los arrieros, que tranquilos duermen bajo los zarzos, con susto despiertan, voceando mazorrales á la reata de sus mulos. Un peón caminero pica el guijo amontonado junto á la cuneta; otro carga el borriquillo con los útiles

del trabajo y bebe á chorro de un botijo sucio y rezumante. Con rezagos de llanada y primicias de sierra se quiebra el camino polvoriento; á los cuadros de viñas suceden laderas de jarales, y entre los repliegues de la tierra parduzca asoman manchas de encinas. Un alcotán se cierne en los aires. Una línea de álamos ampara en la planicie solitaria la fresca mansedumbre de un arroyuelo.

El Paular es el fin de nuestro viaje. Queremos visitar su Cartuja, joya del arte engarzada en soberbio pedazo de encantada naturaleza, abandonado monasterio que alza sus soleados muros al pie del majestuoso Peñalara, con dosel de pinos y cinturón de robles. En la noche, una celda del claustro nos servirá de refugio y dormiremos arrullados por el rumor de las fuentes, oyendo el croar de las ranas y el oleaje de los pinos batidos del viento.

El automóvil corre y la bocina suena. El velo azul flota. Un estampido fuerte y media vuelta rápida del coche nos hace saltar de nuestros asientos. Los baches y las esparcidas piedras de la deplorable y vergonzosa carretera

española han dado al traste con todos nuestros acariciados proyectos; un neumático se ha roto. Y á pie, en la carretera, sin el aire que el coche levantara en su marcha, sentimos los candentes latigazos del sol y la caricia cálida del vaho de la tierra.

Se oye un cascabeleo alegre y una diligencia cruza y nos envuelve en nube de polvo. Una carreta chirría, henchida de miés dorada; en pos de ella una muchachuela descalza y pobre, como Rut, la del poema bíblico, recoge las espigas que caen del montón áureo en el traqueteo de los baches. Los boyerizos se detienen frente al coche, y apoyados en sus aijadas, nos contemplan silenciosos, con esa curiosidad aldeana que jamás inquiere ni pregunta.

Nuestra compañera tiene sed. Un peón caminero nos ofrece solícito el agua pura de un botijo taponado con hierbas aromáticas. Y el chorro cristalino se quiebra en la roja lengüecilla que, traviesa, juguetea entre la perlería de los dientes.

El automóvil tarda en componerse, y sentados en un ribazo sentimos llegar la melanco-

lía del crepúsculo. El sol, con luz soslayada incendiá el cercano encinar; poco después desaparece. A lo lejos, sobre fondo de ópalo, se perfilan agudas las pedrizas de La Cabrera. En una faja de azul verdoso destácanse enhiestas las cumbres de la Najarra. Sobre la tierra caldeada descienden las nocturnas sombras.

La voz de un chicuelo que atraviesa un rastrojal, rompe el silencio; canta una copla repulsiva, de celos y de sangre. El velo azul se ha recogido, y á unos ojos grandes, obscuros, asoma la picaresca luz de un alma alegre y jóven. En el cielo violeta, un lucero brilla. Y yo pienso que, en la noche serena de estío, no nos arrullarán frescos rumores de fuentes ni aromadas brisas de sierra.

¡Qué importa! He visto un chorro cristalino quebrándose sobre la lengüecilla, roja y traviesa, entre la perlería de los dientes, y mis ojos han tropezado en la ondulación graciosa de una cabecita rizada; en el mirar picaresco de unos ojos grandes, obscuros; en un velillo azul moteado y ténue, que, sin velar el rostro, flotaba al viento.

DE LA VIDA

Ayer por la mañana en un poyo de los que hay junto á las tapias del Retiro, fué hallado un hombre que no daba señales de vida, por haberse quedado helado.

(*El Liberal*, 16 Enero 1903.)

Y MURIO EN SILENCIO

«La risa la reputé por error, y dije al gozo: —¿Por qué vanamente te engañas?»

(*Eclesiastés*, cap. XI, vers. 2.º.)

«Oidme los de duro corazón, los que estáis lejos de la justicia.»

Yo tenía el alma pronta á la risa, abierto el corazón al sano contento de vivir.

Acababa de leer las coplas del Arcipreste de Hita. Gustando el dejo picante de su musa re-

gocijada y fresca, franca en la burla y en el decir aguda y retozona, quise olvidar que es la existencia dolor y llanto.

Pretendía convencerme de que era la vida alegre como día de sol, dichosa como amor que no exige fidelidad y constancia.

Me hallaba muy cerca de afirmar que era la mujer, como la esposa tierna y delicada del *Cantar de los Cantares:* flor del campo y lirio de los valles, huerto cerrado, fuente de aguas vivas; muy lejos de juzgarla como el *Eclesiastés* la pinta: más amarga que la muerte, con corazón que es red y manos que son prisiones.

Anhelaba saborear los goces que, regalando los sentidos, son deleite del alma. Pensaba que era la boca, y no la frente, el sitio de los besos.

Tenía razón el ingenioso Arcipreste. Dos cosas sólo mueven al hombre en la vida: «mantenencia y ayuntamiento con fembra placentera».

¿Para qué dolores? ¿Para qué tristezas?

Nada de adornar, con los colgajos y los llorones flecos de una literatura falsamente afligida, un drama vulgar: *el crimen de tercera,* á la antigua, vaciado en los viejos moldes de

Caín, sin complicadas psicologías ni refinamientos de crueldad y perversión; el suicidio con carta al juez de guardia, producto diario de la vida. Era preferible reir; la risa, me dije, es la salud del alma.

Y, sin embargo, no reí.

Algo más profundo y doloroso que suicidio romántico de amor ó tragedia de celos atribuló mi alma, pronta á la risa, mi corazón, abierto al sano contento de vivir.

Los periódicos del 15 dieron la noticia.

Es drama manso, silencioso, sin sangre ni estrépito. Un hombre, con indudable derecho á la existencia, se dejó morir de frío; acaso con anhelos de vida, se abandonó á la muerte; tal vez débil, no se lanzó á conquistar por la fuerza lo que no pudo conseguir con el propio trabajo ni de la piedad ajena.

Oiganme los que se dicen cristianos, los que llenan templos y oratorios de cera y de flores, los que sufragan cultos en cumplimiento de vana promesa ó en petición de frívolo capricho, los que rodean de boato y brillo una religión de humildad y pobreza.

En la madrugada del 14 ha muerto un h
bre en Madrid: lo mató el frío. Eran necesi
y miseria las solas dolencias de su cuerpo; t
teza y desamparo, las de su espíritu. Acasc
conoció traición de mujer ni ingratitud de a
go; que son amistad y amores sentimientos
lujo para quien padece frío y hambre.

Yo evoco la amargura infinita de su pe
grinación por las calles solitarias, en la no
helada, silenciosa.

Si pretendió en huecos y portales espe
que alborease un nuevo día de desventura,
logró su propósito; los guardias le hicieron
guir calle adelante.

Pudo fingirse enfermo. ¿Para qué? No
camas en los hospitales.

Tal vez con escándalo hubiera hallado ab
en la cárcel.

Eso nunca. Era su libertad el único c
que le quedaba.

Y el desgraciado erró de quicio en qui
vagó de puerta en puerta; no halló almoh
para su sueño triste en las jambas duras; n
díale el cierzo serrano las carnes mal cubier

Tal vez un impulso de desprecio le hizo huir de la ciudad cristiana, que le negaba calor y abrigo.

Llegó á las afueras. Delante, el campo se extendía, árido y mudo; una tapia le ofrecía apoyo. Se dejó caer.

Sentía sueño, mucho sueño...

Una sola luz brillaba ante sus ojos, débil y oscilante, perdida en el misterio de la sombra. Cantó un gallo. Ladridos, lejanos y tristes, rompieron el silencio de la noche.

Sentía sueño, mucho sueño...

Y durmiéndose en la vida, despertó en la muerte.

. . . . . .

Esta es mi crónica: tiene en su sencillez el dolor; brota de su mansedumbre la amargura.

Un hombre que muere aterido sobre la helada tierra, frente el campo desolado y yermo, bajo el cielo azul, en la noche serena y clara.

Murió de hambre, de frío; no tuvo amor.

Durmióse cara á la luz, esperando el albor primero, nuncio del sol, que es fuente de vida.

Quizás despierte en la región de la luz perdu rable, donde se acaba el llanto.

¡Alegre Juan Ruiz! Seguro estoy de que t regocijada musa habría trocado en lágrimas s risa, para cantar fin tan miserable.

Ya ves. No tuvo «mantenencia ni ayunta miento con fembra placentera.»

LA MUSA IGNORADA

Corría el tren por la llanura castellana. Era un día espléndido de Agosto, y por las abiertas ventanillas del coche penetraba, en bocanadas de fuego, el vaho asfixiante de los terruños secos.

De pronto la máquina lanzó un pitido; mi compañero de viaje, que amodorrado por el insoportable bochorno parecía dormitar, abrió los ojos, y descorriendo con ímpetu las cortinillas que amortiguaban la fuerza del sol, miró hacia afuera explorando con ansiedad la planicie abasada.

Después de un rato me dijo:

—¿Ves aquél pueblo que parece ocultarse en un repliegue de los terrones? Allí he nacido; allí vive mi primero y único amor, la mujer inspiradora de mis poesías, la que en todas mis novelas aparece.

Miré con curiosidad. Efectivamente, aquellos eran los lugares tantas veces descritos por el novelista y cantados por el poeta. Poco distante de la vía, sobre campos de rastrojos, alzábase un pueblecillo, agrupando sus casas pequeñas y sucias en torno del viejo campanario. Yo no había visto nunca aquello, y sin embargo me causó la impresión de lo conocido: tan maravillosamente lo había pintado el novelista en páginas admirables, con tal exactitud lo reprodujo el poeta en sus tiernos cantos: la llanura solitaria y seca, sin galas ni verdores; la aldea tranquila, el cielo azul, la luz esplendorosa del alegre sol castellano.

Mi amigo continuó:

—Cuán lejos están de creer, los que me aplauden y admiran, que mi Musa es una lugareña vulgar, ordinaria, cargada de hijos, que solo piensa en los chiquitines que alegran

su vida y en las cosechas que llenan sus trojes y graneros.

En ese pueblo nací; arañando la costra de esta tierra fecunda, pasé mi juventud. Mi padre se dedicaba al cultivo de sus heredades, sin desalientos ni desmayos, cuidando con amor las cosechas siempre amenazadas por el hielo y los pedriscos. A los diez y ocho años ayudaba á mi padre y enamoraba á las mozas; una me cautivó, y por ella correspondido y abrasándome de amores, me pareció que la vida era más alegre que este cielo azul y más llana que esta tierra de Castilla.

No quiero enternecerte con lacrimosos recuerdos: la moza casó con otro, y yo pensé morir de rabia y de tristeza.

Poco después murieron mis padres, y de un golpe apuré los dolores más grandes de mi vida; desde entonces estoy convencido de que el dolor no mata.

Lloré mucho, algunos buenos amigos intentaron consolarme; y amortiguada, que no desaparecida, mi honda pena, malvendí las tierras de mi escaso patrimonio y marché á la corte.

Nada más he de decirte, pues tan bien como yo tú sabes y conoces mi historia literaria, mi amargo aprendizaje y mi rápido encumbramiento.

Vacié en mis obras todo mi corazón; quizás por eso están llenas de amargura.

Siempre tuve delante de mis ojos la imagen de aquella mujer, que al darme tan terrible desengaño, me hizo hombre, y haciéndome padecer dolores, me convirtió en poeta.

Ha sido mi Musa. Sin que yo lo pretendiera, todas mis heroinas tenían algo de la moza castellana. Puse en unas la dulce mirada de sus ojos negros, ó el gracioso sonreir de su fresca boca, en otras la gentileza de su figura ó la gallardía robusta de su cuerpo: en todas algo de su alma.

Los amores que pinté en mis obras, fueron por mí sentidos ó por mi intuición adivinados. Alegrías canté pocas, solo las que con ella había gozado; que las que no se sienten, no pueden expresarse. Dolores canté muchos, que padeciendo el primero, todos se comprenden.

Ha sido mi inspiración constante; pero no he vuelto á verla. Me han dicho que ha engordado, que está vieja y fea, pero para mí siempre será la mujer que abrió mi alma al amor y al sufrimiento, la gallarda moza de mis ilusiones juveniles.

No le tengo ningún rencor. Me quitó la alegría, pero fortificó mi alma, iniciándola en los amagos desengaños de la vida; me privó de ser un labrador cuidadoso de sus tierras y de sus hijos; pero me dió la gloria.

. . . . . .

No dijo más. El tren seguía su fatigosa marcha, atravesando tierras secas y campos en rastrojo; un desnivel del llano ocultó las casas del pueblecillo, y en la vaga lejanía fué poco á poco esfumándose la torre de la iglesia.

Y entonces pensé que no todas las musas son seres vaporosos é ideales, que no todas son conocidas como las Beatrices, Lauras y Teresgs por los poetas cantadas, y que la mujer más prosaica, tan sólo por ser mujer, puede inspirar las más grandes bellezas y las obras más acabadas del ingenio humano.

¡Cuántas como aquella habrá, pobres é
radas musas, inspiradoras de tantos dc
viviendo vida feliz y oscura en un pardo
rejo casi perdido en la soledad de las lla
castellanas!

LAS TRISTEZAS DEL DOMINGO

Si «lo que fué perdura, y las cosas que han de ser ya fueron, y Dios restaura aquello que pasó; si los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa, y al lugar de donde salen tornan las aguas para correr de nuevo», ¿á impulsos de qué ignorados sentimientos ondularán el dolor y la alegría, qué altibajos de suerte adversa ó próspera, ofrecerá una existencia florecida de bienandanzas ó enriscada de desventuras?

Las menudencias del vivir contradicen las leyes que se juzgan inmutables y eternas. La naturaleza y el instinto hachean en el viejo tronco de las preocupaciones morales, de los

principios abstractos, inflexibles, rígidos, c
las reglas prefijas.

Todo corre envuelto en las aguas que á su
manantiales tornan: virtudes que se abaten
aromado aliento de serena noche de Mayo; a
céticas vidas, truncadas por la miel de una bo
ca ó por la luz de unos ojos; espíritus rectil
neos, que la pasión quiebra; almas en perpetu
sombra, y corazones henchidos de sol y
fragancia. Y en su curso las aguas copian n
gras nubes y orillas yermas. Y espejan ciel
azules y floridos ribazos. Y tal vez las espu
mas dobleguen el grácil tallo que al viento y
sol gallardeara.

Escuchad el alborozado rumor de sus fresc
risas, la melancolía de su húmeda queja. Ve
cómo, tristes ó alegres, labran en los coraz
nes nuevos cauces las ondas eternas de la vid

***

Hay regocijos estruendosos y callados g
ces; dramas que aturden con su brotar de sa
gre, y tristezas que, sin paralizar la alegrí

por entre ella circulan inadvertidas y humildes. Un espíritu sutilizado por el dolor, con blandura de llanto, investiga é inquiere, al través del bullaje y de la fiesta, esas recónditas tribulaciones que en el silencio florecen, maduran y se secan. Las adivina en los días de sol, entre el gentío que va á los toros, confundidas con la muchedumbre endomingada y burguesa que por los alrededores madrileños se derrama en busca de aire y de luz; bajo las ribereñas frondas del Manzanares, en los pinares de la Moncloa, en los polvorientos caminos de las afueras, áridas y tristes. Es el padre enlutado y joven, rodeado de chiquitines vestidos de negro; son los ojos de lejano mirar, perdidos en la recordación de un placer efímero ó en la esperanza de un ideal que nunca llega; es el anciano solitario, pobre y limpio; es la muchacha que se marchita sin cortejo.

Yo he sentido la intensa melancolía de esas tardes domingueras, llenas de luz y de crujidos de enaguas.

En demanda de paseos soleados, las gentes discurren por las calles con andar perezoso.

Destacándose del grupo familiar—padre, ma dre, niñera y ama,—los chiquillos corren saltan. No hay gritos de vendedores, ni rumo de trabajo. Están cerradas las tiendas. Sólo la boticas abren, para los que padecen, su pe numbra, solemne y grave. ¿Y conocéis nad más triste que una botica en tarde de domin go? Alguna criada espera, silenciosa, encogi da, ante los tatarretes de áureos rótulos; mir con ojos vacíos de expresión el bullicio de tránsito. Su figura, sin aliño de fiesta, evoca e cuadro de un hogar donde se llora. ¡Mue ren tantos niños!..... De vez en vez algú pilluelo del barrio entra á comprar pastilla de goma, barras de regaliz, cigarros de es pliego.

Por la noche los tranvías se llenan de gent que torna de las afueras. Suben muchacha con ramos de fragantes rosas. Han arrancad toda la gala de uno de esos jardines raquític que, en los alrededores, alternan con esterco leros y tierras baldías. Vuelven cansadas d reir y correr, pálidas por el ajetreo de un dí de campo: los pelos en travieso alboroto, lo

zapatos sucios, desgarrado el ribete del vestido, rota la puntilla de la enagua.

Una vieja, desmedrada y seca, ocupa un ángulo del coche; tiene el mirar lagrimeante, temblona la barbilla; va pobremente trajeada de negro. En una de sus manos lleva una rosa blanca; en la otra, un bote, oxidado y sucio. A intervalos, acariciada del aire, la flor perfuma; del fondo del bote se escapa, monótono y rítmico, el canto de un grillo. Y son canto y perfume, en manos de la vieja caduca, irónica evocación de noches aromadas y serenas, de primaverales lozanías.

Las muchachas—hijas de comerciantes y empleados—se despiden hasta el siguiente domingo. Pasarán la semana sobre sus labores, pegadas á los vidrios del balcón, contando las horas por los ruidos del patio ó de la calle. Un día y otro día escucharán el pregón soñoliento de las flores, la cansada quejumbre del viejo que vende las gafas, el vocear bravío del hombre de las truchas. Y si el domingo alborea riente y claro, otra vez á despojar al huerto de su atavío de rosas, á corretear por la llanura seca...

Con paso inseguro, muda y sola, la vieja s pierde en la obscuridad de una calle. ¿Qué mis terio guardarán los ojos lagrimeantes, de mira lejano?

En el vaho espeso y cálido de la ciudad s extingue el perfume de la rosa. En el tráfag nocherniego se apaga el canto del grillo.

¡Evocación irónica de noches aromadas y serenas, de primaverales lozanías!

A REY MUERTO...

La bondadosa solicitud de cercanos parientes prestóse á conducir hasta el coche fúnebre la cajita blanca con el niño muerto. En pos de ellos, un criado, lloroso, bajó las flores que durante la noche aromaran el sueño del niño, sueño eterno, sin despertar de llanto, ni amanecer de risas. Cariñosos amigos recluyeron á los padres en habitación apartada. Era un dolor que vieran el triste cortejo.

En la casa cesaron los ruídos. Tras los cristales de la portería un chicuelo asomó sus asustados ojos. En los balcones, la vecindad gozaba del cielo azul y del sol de primavera.

Oíanse, bullangueras y cercanas, las notas de un organillo.

El sollozar de la madre ahogóse en manso lloro. El padre, con pena honda y seca, pegó á los vidrios la frente y contempló la marcha del entierro.

Calle arriba perdiéronse los blancos caballos, el coche blanco, la caja blanca... ¡Adiós, Juanín! Y los ojos del padre, un momento sin ver, tropezaron en los arbolillos que verdeaban, en el cielo azul, en la vecindad, gozosa bajo el claro sol de primavera.

Dolorosamente resonaron en sus oídos las bullangueras notas. ¡Qué tristeza! En un ángulo del balcón había una planta mustia. Era del niño. Durante su enfermedad nadie cuidó de ella. Y una noche muy fría la secó el hielo.

*
* *

Después del entierro, con aflicción ceremoniosa, desfilaron parientes y amigos. Frases vulgares, ridículas, muecas, abrazos y consuelos, todo lo soportaron, con atribulada corte-

sía, Ramón y Fernanda. Indudablemente debían resignarse. El parecer unánime de aquellos razonables señores así lo aconsejaba.

—No lloren ustedes; Juanín ha subido al cielo — sentenció un vecino, sesudo y grave, recordando vagamente los términos de la esquela mortuoria.—Y volviéndose á los circunstantes, repitió la frase, satisfecho de su hallazgo.

Una parienta, solterona y vieja, amiga de lutos y duelos, gimoteó:

—¡Pobre angelito! Está con Dios pidiendo por nosotros.

Y el padre, cejijunto, y la madre, llorosa, no alcanzaban á comprender qué falta le haría á Dios en su cielo aquel ángel, fresco y rubio, que les alegraba la tierra.

*
* *

Aquella noche se recogieron muy pronto. Estaban agobiados, rendidos por el dolor y la fatiga. Tantas noches en vela, tan continuos sobresaltos y temores, habían debilitado sus

cuerpos. Durante treinta días se acostaron vestidos; si Fernanda velaba, Ramón dormía; ¡apenas probaban bocado! Muchas veces se sorprendieron llorando en la oscuridad del pasillo.

¡Qué noches tan largas! ¡Qué amaneceres tan perezosos y tristes! Conocían todos los ruídos, y con ansiedad los esperaban. A las cinco, el sereno golpeaba con el chuzo en la puerta de la carnicería. Poco después oíase el machaqueo monótono del hacha sobre el tajo. En el solar frontero cantaba un gallo. Por las rendijas filtrábase, blanca y cruda, la luz del alba. Luego una cerradura chirriaba, una puerta se abría. Era el albañil del sotabanco que marchaba á su faena. Más tarde, la casa se alegraba con voces y risas.

Y un día, y otro día, la calentura abrasando el cuerpo del pobre Juanín...

Las campanadas de las diez cayeron pesadamente en el silencio. Ramón y Fernanda tiritaron, encogiéndose dentro de las sábanas frías. Callaron. A poco, los miembros débiles extendiéronse, gozando la tibia dulzura del lecho.

El cuerpo solicitaba del dolor del espíritu tregua para reponer sus quebrantos.

Fernanda suspiró; su cabeza dolorida reclinóse lánguida en el pecho de Ramón.

¡Qué alcoba tan triste! Ya no la alegraría las risotadas del niño!

—Nuestro hijo, Ramón, nuestro hijo murmuró sollozante.

Ramón sintió una ternura infinita.

—No, Dios era bueno. Les concedería otro fruto de amor. Se amaban mucho.

Y contemplando, compasivo, el dolor de la mujer querida, Ramón enjugó con besos las lágrimas desbordantes de sus ojos azules. Fernanda se apartó suave. Bajo el velo del llanto llameó el amor.

Y los labios del marido, con lenta codicia, bajaron de los ojos á la boca.

Y en la alcoba triste se oyó rumor de besos.

EL OGRO

Es el Retiro, en estos días de sol de fuego, refugio de grata sombra. Los pedriscos no consiguieron despojarle de sus lozanías y verdores, y aun, al tibio halago de vientecillos suaves, tiembla sobre la arena de los paseos, sutil y tenue, el encaje de las hojas. En las caceras, las aguas del riego se ondulan rumorosas y bullentes. Alégranse las frondas con armonías de pájaros que revolotean; con frescas risotadas de chiquillos, que bajo acacias y olmos, entre macizos y planteles, saltan y corren.

Muy de mañana cruzan, bajo los copudos árboles, obreros que van á sus faenas, graciosas

modistillas que anhelan llevar á la quietud forzada del taller raudales de frescura. Más tarde, cuando el sol pica, llegan los niños con sus blancos vestidos, con sus sombrerones de paja; traen para sus juegos pelotas, cubos, combas y aros.

Y uno de estos calurosos días, gozando el íntimo deleite que al espíritu infunden dulzuras de sombra, rumores de aguas, armonías de aves y risas de chicos, hube de conocer el temible ogro.

El ogro es un tipo extraño. Bajito, grueso, achaparrado; el rostro asoleado y pecoso, casi oculto en el boscaje de unas barbas aborrascadas y crespas; áspera y cenicienta la pelambre; los ojos verdes, de mirar fiero. Viste traje de americana de color indefinible; se apoya en una caña con puño redondo de hueso.

Sentóse junto á mí, en el banco de piedra. Me saludó con afabilidad cortés.

Su llegada produjo gran revuelo en la turba infantil. Dos chiquillos rubios, que llenaban sus cubos con el agua de los regajales, corrieron con precipitación medrosa á refugiarse en el regazo de las niñeras.

Dos niñas que rodaban sus aros, formales y serias, acomodáronse en un banco frontero, al amparo de la *fräulain*, que leía una novela de Belot. Las niñeras rieron groseramente. Los chiquillos fueron poco á poco alejándose, con lento disimulo, á reanudar sus juegos en otra plazoleta. La mirada del ogro los seguía, tenaz. Sin duda debió de pesarle el examen que de su persona hiciera, y tornó á mí sus ojos.

—Ya ve usted—me dijo con acento de resignada tristeza,—soy el terror de los chiquillos. Yo los busco, y ellos me huyen. En vano les ofrezco caramelos y confites. Creen que es un engaño, un ardid para meterlos en el saco; porque ha de saber usted que, según dicen los chicos, llevo un saco oculto.

Y al decir esto rióse, enseñando la dentadura descabalada y amarillenta.

Dejó de reir, y prosiguió:

—Soy desgraciado por haber sido egoísta. Derroché mi juventud, mi ternura y mi dinero en amores fáciles y en fútiles empresas. Me aparté de los míos—padres y hermanos,—y no

supe crear una familia, carne de mi carne y sangre de mi sangre.

Pero el tiempo se venga, y á flojeras del cuerpo responden blanduras del alma... ¡Ahora por un chiquillo lo daría todo! Me enternecen sus juegos y sus risas. Mi gozo sería arrastrarme con ellos por la arena, servirles de caballo, recibir sus cachetes y sus golpes. ¡Y ya usted ve! Mi figura les infunde miedo; las niñeras me utilizan para imponerles terror, si son revoltosos. Si un chiquillo se cae y lloriquea, la muchacha entre azote y azote—que esta es la habitual manera de consolar al caído, — le dice, señalándome: «Ese hombre viene á llevarte.» ¿Para qué más? El niño calla, medroso, y ya no me olvida nunca. Y esto un día y otro día... En vano mudo de sitio: en todos hay chiquillos revoltosos y niñeras que me juzgan capaz de asustarlos.

Empañada por la humedad de emoción honda, la voz del ogro brotaba con modulaciones de sollozo lejano. A nuestras espaldas, en los regajales, reían las aguas. Con alegres gorjeos y volar incierto, dos pájaros se perse-

guían entre el ramaje. En un rayo de sol revoloteaban dos blancas mariposas. Unos golfillos descalzos pasaron ante nosotros encubriendo, entre los harapos de la blusa, los botes sucios con la furtiva pesca. Habíamos callado. El ogro rumiaba sus amarguras; yo, en silencio, contemplaba la envoltura grotesca de aquel espíritu ansioso de amor y de cariño.

En aquel instante un chiquitín graciosísimo, rubio y blanco, con ojos grandes y negros, corría hacia nosotros persiguiendo una naranja.

Al llegar frente al banco tropezó y cayó de bruces, dando al aire sus piernecitas gordezuelas, sus rosadas desnudeces.

La criada, que de cerca le seguía, alzóle del suelo con zarandeo brusco, y al ver la extraña figura del ogro, que solícitamente en auxilio del chiquitín se dirigiera, gritó señalándole:—¿Lo ves, nene? Este hombre viene á llevarte, por malo.

Calló el niño, ocultando entre las manecitas, taraceadas por la arena del paseo, el afligido rostro en que se confundían mocos y llanto.

Después escondióse medroso entre las faldas de la niñera.

Yo miré al ogro. De pie, con los brazos caídos y baja la cabeza, permanecía mudo. Endulzábase la fiereza de sus ojos tras un velo de lágrimas.

En verdad que era extraña su figura.

Al niño, inspiróle terror, á la doncella, risa.

Yo no supe si llorar, si reir.

ALMAS DESNUDAS

Sus ojos verdes llamearon con fiero mirar; restalló su lengua, despiadada, feroz, seca, en duro azote quevedesco. Como el gran satírico, despojaba á las almas de sus carnales envolturas y las presentaba en desnudez de verdad.

Y dijo así:

«No pretendo atormentarte con relato de podredumbres y miserias. Mi corazón, lacerado de amores; mis ojos, cautivos de femeniles gracias, sólo figuras de mujer acarician, y rastros de amor persiguen. Pudiera decirte que es mentida la inflexibilidad de aquel juez; que la vara de su justicia se dobla al halago de la li-

sonja ó al peso de la dádiva. Señalarte podría los cobardes desalientos de este soldado, que finge en la paz gallardías de guerra; los tratos infames de aquél que se reboza en manto de filantropía; la vergonzosa usura de quien pasa por hidalgo y caballero... ¿Para qué? Tú, como yo, lo sabes. Respetamos la ajena máscara, por no vernos desposeídos de la propia. Acaso algún día se pudran en mi alma los gérmenes de nobleza, y lozanas florezcan semillas de maldad.

Contempla la «grey de engañadores engañados»—que dijo Campoamor, aquel poeta humorista, amante de las mujeres—; «las esposas aburridas y los maridos fastidiados»: ellos, tediosos, indiferentes; ellas, melancólicas, lacias. Van silenciosos. El silencio—ha dicho Maeterlinck—es el sol que madura los frutos del alma; y acaso en el silencio las almas remontan su vuelo grácil á la ciudad ideal, donde, enamoradas, se besan.

Pero no todos los espíritus tienen alas, ni se ciernen en atmósferas puras: algunos torpemente rastrean, esclavos de sus egoismos

terrenos, sin anhelos ni ansias de aire y de luz.

El amor, alegre en su volubilidad tornátil, entristecióse sometido á ley ineludible de constancia: la posesión es causa de hastío; del hastío brota el engaño.

Nos casamos sin conocer á las mujeres. El noviazgo es fingimiento y mentira. Bajo la inquisitorial mirada de la madre, es toda melindre y dulzuras la doncella, que, dueña de su casa, truécase en mujer irascible y caprichosa.

Las mojigaterías de la educación española—afeites del alma—velan y encubren, con rigidez hipócrita, ideas y sentimientos. En el trato insubstancial de los novios, no le es posible al hombre moldear el corazón de la que ha de ser su eterna compañera.

¿Ves aquella morena? Sacrificada al egoismo de sus padres, sepulta en la melancolía de los ojos negros el recuerdo de su primer amor. Fieles son su espíritu y su cuerpo: aquél á la pasión primera, éste al amor santificado. Presume de honrada. Sólo es fría.

Mira aquella rubia. Casada sin ciencia de amor, se entregó, generosa, al primer hombre á quien amara de veras. No fué su marido.

¿Nada te dicen aquellos ojos azules? Son de una vanidosa, que, por vanidad, se entrega. Le encanta ser comidilla de *club* y cebo de escándalo. A ser las gentes discretas, ella sería honrada.

Los ojos de mi amigo, como los del licenciado Calabrés, del sueño de Quevedo, «ojos de espulgo, vivos y bulliciosos», escudriñaban la multitud. Y unas tras otras, en doloroso engranaje, hirieron mis oídos traiciones, infamias y falsías del amor legal. Enseñóme, roto el consorcio de los cuerpos, extraños maridajes de las almas. Y en quietud el látigo de la sátira, apuntó el misticismo del espíritu enamorado, creyente en la ciudad ideal maeterlinckiana.

Anochecía. Los coches se apelotonaban en la última vuelta del paseo. En un cielo azul, lívido, asomaban los astros temblorosos.

Peregrinos de la vida, nacemos bajo la estrella de un amor, y su luz alumbra nuestro camino. A veces cerramos los ojos, y, aun á

través de los párpados, percibimos sus resplandores. ¿Qué importa que una ley terrestre declare indisoluble el lazo contraído por conveniencia ó por engaño? La luz de la estrella nimba, cerca ó lejos, en el principio ó en el término, la figura de la mujer amada. Y si en la tierra los cuerpos se separan, en la ciudad ideal las almas se besan.

¡Míralos! Matrimonios que en la fidelidad se aburren; hombres que sacrificaron su amor y mujeres que domeñaron su cariño... todos melancólicos, todos tristes.

Tienen la tristeza del ladrón de ajenos amores; la melancolía de quien se ve robado de los suyos.

MUJERES

En el Círculo de San Luis hablan de la mujer. Y no de la mujer actual, casadera y con dote, como podría suponerse, sino de la mujer al través de la Historia, combatiente en sangrientas luchas, maestra en las artes de la política, curtida en todo linaje de intrigas palaciegas.

Un general ilustre, que á la vez es escritor—demostración viva de que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza, —cantó á la mujer fuerte, á la moza de arrestos, fruto maduro y sano de la llanura castellana, del terruño aragonés, del vergel andaluz y del huerto levantino.

Evocó el cuadro de nuestra lucha de independencia, y de su fondo de sombras destacó en pincelada de luz, amplia y vigorosa, el arrojo de las hembras de Gerona y Cádiz, el heroismo femenil, que en Zaragoza tuvo nombre y se llamó Agustina.

Otro escritor, que no es soldado, habló de la mujer en tiempos de paz, de la influencia que con los ardides de su entendimiento y con las astucias de su ingenio logró ejercer en la política de los Estados. En el curso de su conferencia, y, sin duda para edificación de los jóvenes congregantes, citó nombres é historias de favoritas de reyes. Acaso pretendió advertir á los que gustan de encaramarse y trepar por árboles genealógicos, que no es difícil hallar la rama podrida, ó que el tronco mismo, falto de robustez y savia, dé en tierra con su florida pompa. Tal vez quiso demostrar que no todas las noblezas se adquirieron en lid reñida, y que muchas de las flores que en campos de zafir ó de gules lucen la lozanía de sus pétalos, fueron prendidas por la galantería de un monarca en el pecho de damas complacientes.

Cantada la hembra fuerte y la mujer hábil, pregonadas las virtudes y excelencias de su espíritu, y encarecidas las artes y sutilezas de su ingenio, es de esperar que una voz se alce para encomiar las gracias, los encantos y los hechizos de su cuerpo, armas que le dan indudable triunfo en la lucha de la vida.

Esto seguramente contentaría á los devotos y jóvenes congregantes.

En la edad juvenil, nada dice el tipo de la mujer fuerte, con fuego de ira en los ojos, que debiera encender la llama del amor; con odio en los labios, que debieran brindar dulzura; con muerte en los brazos, que debieran ofrecer caricias. Esa imagen no podrá desalojar del pensamiento á la que se concibe en el brioso amanecer de los sentidos, cuando con nuevas sensaciones alborean nuevos sentimientos: prontos á acariciar los brazos, prometiendo los ojos un amor que pide con la boca.

Las almas mozas sueñan con mujeres débiles, para que el amor se rindan; sólo fuertes para que resistan al hastío del goce; en cerebro joven todo ideal encarna, adquiriendo linea-

miento y contornos de mujer. Como mujeres nos representamos á la Gloria y á la Verdad; aquélla más deseable, porque no prodiga sus caricias; ésta doblemente hermosa, por ser doncella y estar desnuda.

Dentro de las mujeres de la Biblia, que indudablemente conocerán á la perfección los congregantes, ¿serán sus tipos predilectos la mujer que desde la torre de Thebes arrojó la piedra que destrozara el cráneo de Abimelech; Judit, tajando el cuello de Holofernes, ó Jael, taladrando las sienes de Sísara? No. Será la Sulamita, la gentil pastora del cantar de Salomón, que pide para su desfallecimiento amoroso sostén de flores, que enamorada salta del lecho y la ciudad recorre y á los centinelas pregunta: ¿Vísteis por ventura al que ama mi alma? Será Rut, la espigadora sencilla, que enamora al labrador rico con amor que transciende á sana fragancia de campo fértil; será María Magdalena, la mujer admirable, pecadora por el amor de los hombres, santa por el amor á Cristo.

Harto sé que ninguna voz hablará en este sentido. Los místicos de todas las edades,

aquellos que como el dulce Granada, encendidos de espirituales ardores, labraban en talla primorosa el idioma castellano, y estos que en el día encubren con lenguaje plebeyo, carencia de fe, todos consideran que es la mujer temible instrumento de pecado; aseguran que la gracia, el donaire y el primor del cuerpo son cebo infernal y traza engañosa del demonio.

Ahora, como antes, se dice que la forma bella es envoltura de espíritus llenos de fealdad, de vicio y de impureza. Y si esto es así, si es cierto que en la otra vida rehuiremos el trato de las almas impuras. ¿no es justo que en esta existencia miserable adoremos el hermoso barro que las contiene?

El cuerpo es tierra; y pues que abandonado del alma á la tierra vuelve, démosle en la vida terrena el culto que merece.

POR LA MENTIRA

Una mujer, de cuyas manos, convertidas en tallos, brotaban con profusión admirable toda suerte de frutos y flores—por generación espontánea, al decir de sus devotos, ó en virtud de sutiles artes de hechicería y magia, según afirman los incrédulos — ha sido condenada por los tribunales alemanes.

El Estado alemán persigue, combate y castiga con firmeza el malsano misticismo imperante, y los agentes de su policía, hombres vulgares que no se encienden en mística llama, ni sienten la poesía, ni se remontan al ensueño, desnudaron durante una sesión á la florida he-

chicera, encontrándole, en el jubón escondidos, los frutos y las flores cuyo brote causaba el asombro de las buenas gentes berlinesas.

Los devotos de la maga apalearon á los agentes con el rabioso brío de quien ve su creencia maltrecha ó su ilusión desvanecida; juró y perjuró el empresario que eran las flores venidas del cielo, y la hechicera dió con su tronco, ramas y frutos en la cárcel de Berlín.

Este suceso aviva en mi memoria el recuerdo de otro, al parecer insignificante, ocurrido ha pocos días en Madrid.

Un guardia de orden público despertó de madrugada á un hombre, que tranquilamente dormía sobre la dura piedra del banco de un paseo. Y este hombre, que acaso soñara venturas, ó que sin soñar descansara de la vida—que para el infortunado es el mejor sueño—furioso de ver roto el hilo de lo soñado, ó reanudada su existencia, dió al agente un apreciable mordisco.

En uno y otro caso, el Estado, padre tiránico, tiende á destruir las ilusiones y los sueños, que alegran y hacen feliz la vida de los ciudadanos.

Esto no es justo. Si el Estado no da al individuo la verdad, ¿con qué derecho le arranca de la mentira halagadora del sueño, para arrojarle en la mentira triste de la realidad? ¿Será verdad lo que concibe la razón, presa en la vida, ó lo que imagina la fantasía libre en el ensueño? Segismundo se preguntaba: Qué será lo cierto, ¿la salvaje soledad de la cueva ó el esplendoroso lujo del palacio? Decía *Fígaro* que cada siglo tiene sus verdades. No. Cada siglo tiene sus mentiras, que la conveniencia, la hipocresía y el egoísmo ponen en circulación con careta de verdad y manto de certeza. No puede ser verdad la que como tal hoy aparece, y mañana como mentira se juzga.

El Estado alemán, con crueldad inaudita, dice á los ilusos y místicos creyentes de la maga: «Tú, hombre, que por amor de mujer entristeciste y que sus infidelidades lloraste; tú, que de ella tuviste hijos, que son inquietudes y cuidados, ¿cómo es posible que creas que un ser, causa de celos, de amargura y de muerte, también produce flores?»

El Estado español, con fiera acritud, dice al ciudadano que sueña ó descansa:

«Despierta. Convéncete de que es muy dura la piedra para lecho y muy fría la calle para alcoba. Levanta. Mira que la naciente claridad del alba te exige un día más de penoso trabajo ó de vagancia mísera.»

Yo creo que es esto crueldad notoria.

Mientras no demos la verdad, no desvanezcamos la mentira, que halaga y sonríe; que la ilusión da al hombre fuerzas para vivir, y la falta de ilusiones es la muerte.

Cuando Don Quijote despertó del sueño de su locura, y, á la fría luz del desengaño, vió la mentira de la razón, entristecióse y perdió la vida.

La sensatez le decía que era hidalgo pobre, y no andante caballero; le aconsejaba la cordura, que las armas con que defendió la verdad y el derecho, volvieran á tomarse de orín y á cubrirse de moho, en el rincón donde yacieran olvidadas. Su empeño generoso era idea irrealizable. Reinaría la injusticia en ciudades populosas y en campos yermos; quedarían sin

amparo las viudas, sin socorro los huérfanos. La razón le inducía á respetar el engaño.

Sin embargo, aún hay quien sueña. Y si tantos hombres por mujeres pierden alegría, dinero y honra, ó por miseria se matan, ¿no es consoladora la creencia de que la mujer produce flores, y de que se pueden soñar venturas en un banco de piedra?

Soñemos. Bendito sea el sueño, que — como afirmaba el doctor Torres — dejando libre el vuelo á la fantasía, apaga con su soplo la luz de la razón.

LA MUERTE ES LA PAZ

Es el de cronista, triste oficio.

Siempre el alma inquieta, volando de miseria en desgracia, de infortunio en desventura, poniéndole glosa á la maldad, comentario á la injusticia: torturada la imaginación, en su empeño de hallar en dramas vulgares, esencia de idealismo, delicados matices y poéticos tonos; elaborando el espíritu, con el pesar ajeno, la propia tristeza: Como el hidalgo loco de Cervantes, el cronista, fijo en el Clavileño de su dolor, recorre con la fantasía el espacio sin fin de todos los dolores.

Es inútil que busquemos notas alegres. Solo un asunto, tristísimo en el fondo, induce y

mueve á la risa: la eterna imbecilidad humana, dando oídos á manifiestos pomposos de partidos que murieron, por abandono de la idea que era su espíritu; á propagandas de una política, que porque nada tiene lo promete todo.

Ya lo dijo Larra. El hombre, que deja engañar su apetito con vana palabrería, promesa de poco substanciosas libertades, es el más estúpido de los animales. Tiene hambre, pide pan; le ofrecen derechos y se conforma. Y á la postre, solo un derecho, que no le prometieron, goza y disfruta: el derecho de morirse.

Descontada esta risible tristeza—valga la antítesis—los periódicos, solo sangrientos relatos de crímenes y desgracias publican. Por igual sentimiento de egoismo, la alegría se esconde y el dolor se muestra: aquélla para que ninguno la comparta; éste para que todos le lloren. La vida, como el mar, solo arroja á la superficie los cadáveres.

Y sin embargo, entre tantas muertes, hay una que de todas se destaca.

No es fin al que se llega, llenos los ojos de sangre, por rebelión de grosero instinto ó á

impulsos de colérico arrebato: es muerte serena, producto del dolor sedimentado, de la amargura reflexiva.

A la vista de Algeciras un súbdito alemán, pasajero del vapor correo de Ceuta que atraviesa el estrecho, se arrojó al mar, dejando clavado en la borda un papel que decía: «Mors est pax laboris et miseriæ.»

A este hombre le pareció que la existencia no merecía el esfuerzo del trabajo, si por premio solo encontraba la miseria. Ansioso de goce, y no pudiendo gustar el efímero que da el triunfo de la vida, buscó el eterno que proporciona el descanso de la muerte.

Con la idea suicida, se alejó de la costa africana: vió como la tierra negruzca, perdiendo contornos y perfiles, trocábase en azul pincelada, que poco á poco fué esfumándose en la lejanía del horizonte.

Tal vez en aquel instante, como la tierra en la lejanía, borrose en su alma la idea de la vida, y con ella la idea de la muerte. Ni trabajos ni miserias le recordaban, la azulada ondulación del mar, la tersura azul del cielo.

Fué un sueño corto; que al emerger de las ondas la tierra española, pincelada azul primero, mancha negruzca más tarde, que lentamente fué adquiriendo contornos y perfiles, remaneció en su alma la idea de la vida cortejada de la muerte.

Acaso entonces como Hamlet se preguntara: ¿Será morir, dormir, soñar...?

Y atacado de vanidad postrera, con pretensión orgullosa de que el mundo no ignorase su cansancio ó su desprecio, puso lema á su muerte, lo clavó en la borda y se arrojó á las aguas, anhelando beber en su salsedumbre la dulzura inefable del eterno reposo.

¿Habrá conseguido su propósito?

¿Desligado de las terrenas ataduras, que á la vida le sujetaban con trabajo y miseria, gozará libre el espíritu, en serenas regiones, la paz apetecida?

Las aguas devolverán á la tierra lo que es suyo: la carne muerta.

EL POBRE REY FELIPE

Al tornar de Andalucía, henchidos de esa tristeza luminosa de que Gautier hablara, los extranjeros invaden el Museo de Pinturas.

Durante la invernada, el Museo está triste y solo. Los madrileños apenas lo conocen. En las mañanas frías, alguna pareja de amantes se refugia en la soledad de las salas desiertas; dícese ternezas ante la Venus del Tiziano, se recrea contemplando las carnes mantecosas y flácidas de las flamencas de Rubens.

Pero los extranjeros, que llegan con el cielo azul, y el sol tibio y la lozanía de las frondas, todo lo escudriñan, todo lo inquieren. Con

atención ligera, los engolados rostros cetrinos de los hidalgos del «Greco», rostros evocadores de áridas llanuras, de rancias fierezas y devotas crueldades: en rápida ojeada, los musculosos ascetas que pintó Ribera con hachazos de luz y sombra, los cuadros de Zurbarán y de Pantoja, de Carreño y de Morales; fervorosamente los lienzos en que Velázquez inmortalizara á reyes, princesas, infantitas, á enanos, bufones y pícaros.

Sólo ante las creaciones del pintor sevillano, los extranjeros plantan sus caballetes, aparejan los lienzos y aperciben los colores.

En una de estas mañanas calurosas de Junio, la sala de Velázquez, rebosante de admiradores y copistas, servíame de agradable pasatiempo. Y, sin embargo, mi corazón, que aún conserva aromas románticos, hubo de llorar el agravio inferido por cierta alemana rubia al rey poeta, que rimara la muerte de un poderío, el ocaso de una gloria.

El espectáculo era curioso. Una francesa de grácil elegancia, con estudiadas actitudes de gentil coquetería, esforzábase por hallar en su

paleta el tono parduzco, cálido en que se envuelve, como en un trozo de castellana tierra, la picaresca figura del hampón borracho. Una inglesita, de aristocrática tiesura, pugnaba por encontrar en su pincel la imbécil sonrisa del Bobo de Coria. Otras extranjeras trasladaban á sus lienzos las figuras grotescas de aquellos «hombres de placer» y de aquellos enanos que, con sus alquiladas gracias y sus ponzoñosas burlas, pretendieran alegrar la corte, relajada y decadente, del más enamoradizo de los monarcas.

Por caprichos de la suerte, perdurablemente irónica, de aquella época galante de amorosas aventuras, de rezo y de poesía, sólo evocarán el recuerdo en extrañas tierras las desmedradas figuras, tristemente risibles, de los bufones y los enanos.

¡Pobre rey Felipe!

Ante su retrato de cazador, una sola alemana trabajaba, robusta y fuerte; pero el espíritu germano, desdeñando la enfermiza figura del rey poeta, empleábase en copiar el podenco favorito que á sus plantas, junto al roble, descansa,

A su corazón, de temple sano, de raza vigorosa, nada le dijeron la melancolía del Monarca, que se abandona en supremo cansancio de raza moribunda, los azules ojos, adonde asoma el hastío de las noches de amor, el pelo rubio, desteñido, la frente pálida...

Juzgó más digno de copia, acaso porque con mayor intensidad le impresionara, aquél podenco, magnífico ejemplar de su raza, pronto á rastrear conejos ó á levantar perdices en los adustos encinares de El Pardo.

¡Pobre rey Felipe!

Como aún mi corazón conserva románticos perfumes, lloré en silencio la ofensa inferida por la alemana robusta al más enamoradizo, al más galante y al más poeta de nuestros reyes.

Y pensé, con tristeza profunda, que acaso en extrañas tierras tan sólo evocarán el recuerdo de aquella Corte de amorosas aventuras, de rezo y de poesía; el podenco favorito, los grotescos enanos y los bufones tristes de nuestro señor el rey D. Felipe IV.

ANIVERSARIOS

Los hombres reverdecen sus tristezas pasadas con el llanto del recuerdo, y es ya rancia costumbre volver sobre pretéritas amarguras en fecha determinada, á plazo fijo.

Mientras un dolor vivo nos atribula, no alcanzamos á comprenderle en su atormentadora magnitud. Penamos y sentimos según la fuerza intensiva del reflejo. La grandeza del dolor, como la del sol, se aprecia cuando declina y muere. Sol y dolores, ¿quién es capaz de contemplarlos en su plenitud, cara á cara, sin que lo impida el llanto del corazón ó el de los ojos?

En la remembranza, el espíritu equilibrado, sereno, armónico, reconstruye el infortunio en la medida y en las proporciones justas; si llora y plañe, ni lloros ni plañidos le aturden y le ciegan: son como obligado tributo, flores que el alma arroja sobre sus muertos.

Pueden los corazones recatar en lo íntimo sus pasadas adversidades para evocar, en horas de añoranza y de nostalgia, la dulcedumbre melancólica que la lejanía les presta; pero, en el precipitado curso de la existencia, no es posible condolerse en la recordación de las desgracias colectivas. Unas sobre otras se amontonan en confusión sangrienta, y la catástrofe viva es tan sólo el recuerdo de la catástrofe muerta.

En el aniversario de su espantable tragedia, el pueblo de Cenicero demanda de las almas piadosas una lágrima para las víctimas. El espíritu, apercibido á reconstruir serenamente la desgracia que fué, súbito se deslumbra con resplandores de incendio, se aturde con el sonar horrísono de maderas y herrajes que chocan y saltan, que se pulverizan y se retuercen.

El nombre de Giloca reemplaza al de Torremontalvo. ¿Y quién llora ante cerrada tumba, si en espera de sus muertos otra se abre?

Con su carga de pedrisco, nubes que encierran miseria y hambre, amenazadoras, hoscas, se ciernen sobre las siembras castellanas. Aquí arrasan un trigal; allá destrozan un viñedo. Bajo su azote se tronchan las espigas, promesa de rubia abundancia en graneros y trojes; se abaten los pámpanos, nuncio de roja alegría en lagares y bodegas; caen desgajadas las ramas, muertos los frutos.

Y ¿quién recuerda de cosechas antaño perdidas y de graneros antes vacíos, si hogaño otras tierras y otras trojes son castigadas de la pedrea del cielo?

Los pueblos castellanos, ceñudos y tristes, acentúan su ceño y su tristeza. El terruño severo, sin flores que aromen, sin sombra que regale, sin aguas que rían, no se alboroza con el oro de las mieses. Ya no se compra la mula ni se casa la moza. Apretará el usurero, y el ánimo, abatido, flojo, sin humor de regocijos, guardará muy dentro la risa de los años abun-

dantes; tan honda como en el cofre la capa de las fiestas.

El labriego de Castilla ama á la tierra porque de ella vive. Su esperanza, cortejada de sobresaltos é inquietudes, inquiere su logro en las clemencias del cielo. Las lluvias otoñales han de dar tempero á los campos; vientos propicios han de esparcer la semilla; mantos de nieve han de ser abrigo de surcos y de lobas.

Luego mocearán los días; y, con el sol tibio, apuntarán los verdes brotes. Acariciadas del aire, ondularán las siembras, crecerán con las abrileñas lluvias, granarán doradas bajo el sol de Mayo. Pero ¿y el hielo de las noches invernizas? ¿Y el cielo azul, de limpidez desesperante, sin rastro de bruma ni señal de nube? ¿Y el nubarrón cargado de piedra, que deja los trigales heridos con sangre de amapolas?

La Naturaleza celebra sus aniversarios lúgubremente. Dijérase que, por siniestro capricho, llora con las catástrofes que son las catástrofes que fueron: sangre con sangre, incendio con incendio, pedrisco con pedrisco. Parece que por toda la tierra española escúchase la voz

del salmista: «Conviene que pases por fuego y por agua antes que llegues al descanso.»

La vida es dadivosa de todo linaje de desventuras, de toda suerte de males. ¿A qué, pues, ese enfermizo y malsano empeño de renovar dolores y desenterrar tristezas?

Comamos nuestro pan con alegría y bebamos nuestro vino con gozo. Amemos sin celos y sin sangre, que ya han florecido granados y viñas, y las mandrágoras esparcen sus olores.

Una generación pasa y otra generación viene.

Y la tierra, castigada, arrasada, lapidada con lluvia de sangre y azote de pedriscos, se atavía con floración exúbera en doncellez perdurable, ofrece á la semilla sus entrañas como madre pródiga de vidas.

PALABRA DIVINA

Al recibir el Arzobispo de Santiago, de manos del Rey de España, la cartera con el chèque — ofrenda terrena de un Monarca á un Apóstol — mostró su gratitud en cortesano discurso, con flores ajadas de lisonja, arambeles y colgajos de historia manida, y ramplones dejos de programa político.

Muy lejos de la prosa cardenalicia aquella mística llama, que encendiera en espirituales ardores los sagrados discursos de Fray Luis de Granada, el decir sereno y majestuoso de Fray Luis de León, los dulces arrobos del angélico San Juan de la Cruz.

Rezago de aquellos Cardenales político-guerreros de la Reconquista, rememoró las épicas y cruentas luchas, amparadas por el favor de los santos, bajo la Cruz amorosa y redentora. Y, sin duda, con emoción le escucharían el sucesor de «Alfonsos, Ramiros, Fernandos y Felipes»; los nobles caballeros santiaguistas, herederos de un recuerdo de gloria, que colgó de sus cintos una espada virgen de lucha y arrojó sobre sus hombros un manto limpio de sangre.

Pero, hombre de su tiempo, y acaso dolorido por la merma del poder religioso, el Arzobispo, tras la remembranza de añejas batallas, columbró el rojo alborear de futuros y más espantosos combates, y hubo en sus palabras humildes súplicas para que Dios «haga reflorecer en todas las clases sociales el respeto á la religión, á la autoridad, á las personas y á la propiedad». Y, sin duda, con lágrimas en los ojos, le escucharían los desvalidos, los desventurados; aquellos hombres desnudos, dolientes y hambrientos, que son los preferidos de Jesús; los herederos de aquella muchedumbre, —triste cortejo de miseria — que á Cristo

seguía cuando, á lo largo del Jordán y por las orillas del mar de Galilea, predicaba sus doctrinas de caridad y amor: ciegos que ansiaban ver la luz, alegre ó triste, de la vida; enfermos que pretendían ser sanos; leprosos que anhelaban ser limpios.

Yo recuerdo haber leído en la Ley vieja, en los libros del Levítico y del Deuteronomio, este precepto admirable: «Cuando segares las mieses de tu campo no cortarás hasta el suelo, ni recogerás las espigas que se vayan quedando; ni en tu viña recogerás los racimos ni los granos de uva que se caigan, sino que los dejarás para que los recojan los pobres, las viudas y los huérfanos.»

Así gusto, con recóndito paladeo, las dulzuras que el Divino Maestro derramara sobre las tristezas de los hombres; los preceptos con que pretendiera aliviar, en su marcha alegre por los caminos de Judea, las cargas y trabajos de los humildes.

«El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humillare será ensalzado.»

«Al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa.»

«Al que te pide, dale, y no tuerzas el rostro á quien pretende de ti.»

¿Será ésta la doctrina por cuyo reflorecimiento clama el Arzobispo de Santiago?

En los *Hechos de los Apóstoles*, hay versículos que evocan visiones plácidas de edades felices:

«Y de la muchedumbre de los creyentes, el corazón era uno y el alma una; y ninguno de ellos decía ser propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran comunes.»

«Y no había ningún necesitado entre ellos; porque cuantos poseían campos ó casas, las vendían y traían su precio.»

«Y lo ponían á los pies de los Apóstoles; y se repartía á cada uno, según lo había menester.»

¿Será este el concepto de la propiedad, por cuyas nuevas y más fragantes flores suspira el Pastor de los evangélicos rebaños?

La ley vieja y las palabras de Cristo así lo determinaron. La Iglesia católica no perduró en su cumplimiento.

Y á fe que, de haber guardado tales preceptos, habría sido sorprendente el espectáculo en la catedral compostelana. El Arzobispo, destocada la mitra y desceñidos los arreos deslumbrantes, ahogando, con el reparto de la regia ofrenda, la quejumbre de los menesterosos; los nobles caballeros santiaguistas, dejando caer de sus hombros la albura de los mantos.

LAS DUEÑAS CHICAS

La Biblioteca está desierta. No corre á lo largo de los pupitres la onda de ideas y sentimientos. En la quietud de los estantes, los maestros duermen; sus cerrados libros no esparcen el aroma del pensar ni la fragancia del sentir.

Acaso en la monotonía de la vida provinciana, quizá en el plácido retiro de aldeano huerto, tal vez á orillas de los mares, fructifiquen las simientes sembradas en prolija labor de estudio. El espíritu, fortalecido en constante soliloquio, lejos de un ambiente de frivolidad y ligereza, se asimila el ajeno pensamiento, convirtiendo su jugo en substancia propia. Pero

¡cuánto artificio filosófico, roto al contacto de la tierra, de la luz y del aire, en la vida pujante y sana de la Naturaleza! ¡Cuántas sequedades librescas ablandadas por la emoción suave de una charla femenina, por la mirada fogosa y dulce de unos ojos negros ó azules!

Ante el abierto libro, producto de un alma desengañada ó egoista, jóvenes que no amaron créense fuertes repitiendo las máximas que pregonan la mentira del amor. ¿Y por ventura una mano blanca y breve se abandonó generosa entre sus manos, y los rizos de una cabecita rubia ofrecieron á los dedos acariciadores escondite deleitoso? ¿No procederá la negación amarga de que la mano rehuyó el contacto y la cabeza esquivó el encuentro?

Es la mujer pura expresión del arte. La corrección armoniosa de su cuerpo nos educa en el sentimiento del ritmo y la medida: la pasión ardiente y la volubilidad instintiva y graciosa del espíritu, nos prestan blandura y lágrimas. Recreada la vista en los carnales, femeniles hechizos, prodúcense obras que culminan en la suprema perfección de la forma.

El sentido del arte—dice Menéndez y Pelayo —crece y se nutre en el estudio y reproducción de las obras perfectas. Andrés Chenier lo ha expresado con símil felicísimo: el de la esposa lacedemonia que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeusis, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble como los antiguos ejemplares y dechados.

Y por eso existen prosas sencillas, serenas, con la majestuosidad soberana del desnudo clásico, y estilos atormentados, como primores de hembra sujetos á la opresora tiranía del corsé.

Pero si los libros duermen en el reposo de la estantería, las mujeres que no marcharon al mar ó á las montañas, cuidadosas se ocultan.

Madrid está desierto. ¿Dónde aquellas madrileñas finas, esbeltas y airosas, de alegre donaire y bulliciosa desenvoltura, con arte exquisito modeladas, encanto del espíritu y ma-

ravilla de los ojos? En invierno, las vimos arrebujadas, con gentil coquetería, en abrigos y pieles; ostentaron, en las tibiezas primaverales, sus carnes de rosa bajo las batistas transparentes, sutiles; ahora...

Ahora, por las calles céntricas sólo circulan hombres, burgueses y artistas, luchadores de la vida sujetos al trabajo. Y todas las noches, por idéntico sitio, pasan, tornan, vuelven. Son siempre los mismos: un novelista, lacio y triste, que acaso bucea en la miseria de los fondos sociales; un narrador amable y ligero, que acicala y pule las frases de su impecable prosa; dos hermanos poetas; un pintor que supo expresar en las pupilas de una mujer morena, tras un velo de lágrimas, la melancolía infinita del amor esclavo.

Allá, en los comienzos de la calle, parpadean los globos eléctricos de un salón de género ínfimo; un timbre suena agrio, insistente. Dentro, la *Fornarina*—flor delicada y exótica en aquel plantel de groserías—luce la pereza de su gracia, la perlería de la boca, que asoma en el sonreir de los labios frescos, carmíneos; la on-

dulación del talle grácil, que amenaza romperse en el ritmo voluptuoso de las caderas.

Bajo la luz parpadeante pasan hombres y hombres: el novelista triste, el narrador amable, el pintor, los poetas.

¿Dónde aquellas madrileñas, finas y airosas, encanto del espíritu y maravilla de los ojos?

A mi memoria acuden los versos del *Libro de buen amor,* que contiene la alegría del más regocijado de nuestros poetas.

«En pequenna gergenza yase grand resplandor,
en azúcar muy poco yase mucho dulzor,
en la dueña peqüenna yase muy grand amor.»

Y el timbre suena insistente, agrio.

A UN AMIGO

Eres mi amigo del alma, como á tal te quiero, y obligado de tu amistad y en ella confiado me atrevo á aconsejarte.

Yo bien sé que en materia de amores huelga el consejo, que es locura ó necedad dirigirse á la cabeza cuando sólo el corazón escucha; que es vano empeño pretender apagar con los fríos razonamientos de una filosofía plácida, las vivas llamaradas de un amor intenso.

Pero eres mi amigo, me pides un consejo y voy á darte varios. No pretendo que los sigas. Sólo deseo que los escuches.

Falto de autoridad, desprovisto de experiencia, acaso sin juicio en los asuntos que me ata-

ñen, errado tal vez en mis amores, me anima en tan nobilísima empresa el ejemplo del inmortal hidalgo, á quien Cervantes dió vida con cuatro trazos de su pluma vigorosa.

Recordarás seguramente que D. Quijote, loco en las llanuras manchegas, tomando las ventas por castillos y por damas principales á zafias y toscas aldeanas, acometiendo con bravura molinos que le parecían gigantes, y alanceando con gentil denuedo rebaños que se le antojaban huestes formidables y poderosas, fué, sin embargo, modelo de sensatez y de cordura cuando con máximas saludables y discretas razones aconsejaba al buen Panza para el mejor gobierno de la ínsula.

Pues eso mismo pretendo: aconsejarte sabia y discretamente, aunque en mis amores tome las ventas por castillos y por yelmo esplendoroso la mísera bacía del barbero.

Y sin más preámbulos, que resultarían ociosos, con la autoridad que me presta el pasaje del *Quijote*, entro en materia, no sin decir antes, parodiando á Melo: «Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no más el deleite,

cierra la carta satisfecho de que tan á tiempo te desengañe.»

¿Buscas la verdad? Pues oye:

Si una mujer te gusta, antes de enamorarla persuádete de que puedes aspirar á ella; que amor que reconoce inferioridad no puede ser feliz. Si está muy alta, déjala, pues te sería muy penoso verla descender de su altura; si estuviese muy baja, no la desprecies, que te será muy grato elevarla hasta ti.

Aunque la veas hermosa, mira siempre á su madre, que como ella será cuando con la juventud pasen las lozanías primaverales. La hermosura de los árboles se juzga en el otoño: en la primavera todos son bellos, todos tienen hojas y flores.

Prefiere los ojos negros á los azules; que los azules te engañan prometiendo las delicias del cielo que copian, y que no te pueden dar; los negros te prometen los placeres de la tierra, y pueden dártelos.

No pretendas con tu amor endulzar la amargura que otro haya dejado en el corazón de una mujer, que no lo conseguirás: la lluvia, al

caer sobre el mar, aumenta sus aguas sin quitarles la amargura.

Nunca mires en la mujer que quieras el dinero que pueda tener, que matrimonio por interés realizado, Dios no le bendice: quien mira sólo el contrato, es incapaz de sacramento.

No caigas en la habitual ridiculez de buscar por compañera á mujer que no llame la atención por bonita. El temor de que muchos la pretendan, si es hermosa y gallarda, indica que en poco te tienes y que en menos estimas la virtud de tu mujer. Cuanto más bonita sea, mejor para ti; cuantos más la pretendan, mejor se probará si su amor es verdadero: la virtud en el combate se afirma: el oro en el crisol se depura.

Si tu novia tiene hermanas, procura caer en su gracia, que las mujeres simpatizan con los amores, y aunque ellas no los sientan los comprenden.

Si tiene hermanos, procura apartarte de ellos, que los hombres comprenden sólo el amor que sienten; nunca el que sienten los demás.

Si te juzgas cristiano, nunca llames á tu novia *mi cielo*, pues te será muy doloroso tener que abominar de él.

Si quieres ser feliz no enamores á la primera mujer con quien trates, por mucho que de ella gustes; espera á conocer algunas más. Cuando comes no te atracas de sopa por mucho que te agrade: esperas á los otros platos, que puede haber alguno que más te satisfaga.

Si tu novia ha tenido otros amores, no caigas en la vanidad de creerla si te dice que á ti sólo te ha querido de veras: conténtate con que sea la última vez que lo diga.

Si la mujer que quieres es muy joven y no ha tenido ningún amor, cerciórate de que en ti ve el hombre que le gusta, no el novio que la halaga; pues si como novio sólo te mira, te expones á despertar amores que otros gozarán luego; serás como el mulo de la noria, que saca el agua para que otros la beban.

Si la mujer que quieres es jóven, y por ser tú humilde te desprecia, no desconfíes de alcanzar su amor. Es ley eterna que, cuando el amor alborea en el pecho de una mujer,

aspire á lo alto; después, con todo se contenta.

El sol, cuando nace, acaricia las cumbres; después, desciende al llano.

Y aquí hago punto, amigo mío, pues temo que me tildes de pesado y que taches de barata mi filosofía.

Me he lanzado á la noble empresa de aconsejarte, con el heroismo del que va á la lucha sin la esperanza del triunfo. El amor no escucha.

Practica mis consejos si te agradan, y si no échalos al cesto, rotos con los pedazos del papel en que los escribo.

No creas que por ello me enfado: mis consejos nada valen; sólo sinceridad respiran.

Y acabada con los consejos mi discreción, y con la carta mi cordura, otra vez vuelvo, como el hidalgo castellano, á las áridas llanuras de la vida, y, no te lo niego, amigo del alma, acaso vagando por ellas y tropezando en los amores, tome por castillos las ventas, por princesas las mozas del partido, y por yelmo esplendoroso la mísera bacía del barbero.

DEL ENSUEÑO

LOS OJOS NEGROS

Vosotros, los que, engañados por la mentida luz de unos ojos negros, disteis en la traición de su sombra, oid el relato.

Si de dos enlutados soles guardáis en lo recóndito del pecho dos rayos escondidos, habréis de gustar su encanto misterioso.

Era en la estación suave y rumorosa, la de las alboradas risueñas y los ocasos tristes. Por aquella época de ventura mi espíritu, en temprano florecer de amores, seguía enamorado y cautivo la oculta trocha, el deleitoso sendero que con su luz le alumbraran dos pupilas ne-

Habíame arriesgado, en excursión romántica, por los repliegues de pintoresca serranía, y tras largo caminar aquella tarde abrileña, henchida de luz y de aromas, dí en esquivo paraje, donde se alzaban los soleados muros de antiguo monasterio.

Poco antes cruzaba un pueblecillo serrano, blanco y alegre, abierto al sol y á la brisa. En sus huertos los frutales florecían en alba primavera. Reía el agua en los regajos, y en el frescor de sus ondas bajaba á la llanura la vistosa gala, el perfumado atavío con que había de enlozanar y enverdecer el valle. Junto á la presa de un molino, y en la margen de un arroyo, que sus puras aguas entre lirios escondía, lavaban dos mujeres. Era la una vieja, rugosa y fuerte; la otra, mozuela, desgarbada y sucia. Ambas mujeres tenían sus rostros curtidos por el beso del sol, encendidos los brazos por la caricia del agua. La vieja, afanada en su trabajo, me miró indiferente; los ojos de la moza, grandes y negros, me siguieron curiosos. Y juro que sus tenaces miradas hicieron temblar los rayos de otras pupilas negras, que

yo recataba gozoso allá en el rincón más escondido del alma.

Me interné en la espesura, y durante un rato escuché el alegre rumor de las femeniles risas. Poco después, nada oí.

Con el cielo azul, sereno y limpio, rimaba la tierra florecida y riente. Embriagaba los sentidos la brisa, llena de campestres fragancias; era deleite del espíritu la paz, el silencio aquietante de aquel solitario retiro.

Como soy un espíritu romántico, á ratos poeta y soñador siempre, me sedujo en extremo la plácida melancolía de aquellas soledades.

La zarzamora obstruía la entrada del ruinoso claustro; la hiedra, trepando por las maltrechas columnas y enredándose en las gárgolas, cubría sus heridas con un manto amoroso de verdura; ocultaba el musgo las afiligranadas labores de frisos y capiteles, y entre la maleza desaparecían las losas de las tumbas. Una fontana pura gorgoteaba cadenciosa en rincón sombrío, bajo dosel de zarzas.

Esculpidas en tosca piedra, sobre pedestales y sepulcros, destacábanse las severas figuras

de evangelistas y guerreros, y, sin duda por extraño capricho de la suerte, los evangelistas aparecían con los evangelios destrozados, los guerreros con las espadas rotas. Dijérase que los siglos, en su labor destructora, y el tiempo, en su correr incesante, habíanse complacido en ir poco á poco destruyendo aquellos símbolos de su poder y de su influjo.

Aunque la contemplación de aquellas mutiladas maravillas á remotas Edades de luchas heroicas y ciegos fanatismos transportaba, impresionado por la gentileza de una figura y por la luz de unos ojos, rumbo distinto tomaron mis pensamientos.

¡Mientras existan unos ojos negros!—exclamé, como respondiendo á mis propias ideas.

Y después de tenderme sobre la hierba, seducido por el poético misterio y la amenidad de aquel lugar delicioso, fué suavemente invadiendo mis sentidos una dulce somnolencia.

Un ruido turbó el silencio y vi, con terror indecible, alzarse la losa de una tumba cercana. Las lagartijas corrieron asustadas á sus escondrijos; se oyó el roce de una culebra en los

zarzales, y un monje, vestido de blanco, destacó su figura sobre el follaje.

Quise huir y no pude. Sobrecogido del más temible de las espantos, sentí un frío mortal que penetraba hasta la médula de mis huesos. El fraile me miraba fijamente.

La humedad de la tumba, condensada en espesas gotas, corría por sus hábitos; un rayo solar reflejaba en su blancura. Me pareció que el fraile era de nieve, y que al contacto del fuego del sol, de la luz esplendorosa de la vida, comenzaba á derretirse.

—¡Pobrecillo!—dijo con voz dulce, moviendo la venerable cabeza con expresión de lástima — ¡Pobrecillo! ¡Mientras existan unos ojos negros!... También á mí, en el mundo, me cegó la luz de unos ojos, también soñé con horas de inefable dulzura, de amor inmenso... Los ojos negros me traicionaron; por algo eran negros.

Hablaba el fraile lenta y trabajosamente, como si le costase gran esfuerzo pronunciar las palabras ó le pesara decirlas. Yo le oía sin atreverme á respirar siquiera.

—¡Negrura! ¡Negrura!—prosiguió, con voz cada vez más dulce — eres reflejo del amor de los hombres. En el claustro busqué la paz apetecida; pero no pude encontrarla. El Señor no quiso otorgarme su gracia divina. Como tantos otros, me refugié en la celda, no por amor á Dios, sino por odio al hombre. En meditaciones y rezos, me distraía una tenaz idea. Yo no acertaba á explicarme cómo Dios, pureza infinita y bondad suma, puso negruras en los ojos de la mujer.

Una revelación vino á aclararme el misterio, y supe que el amor divino hizo los ojos azules y que el amor humano los convirtió en negros... ¿Dudas? ¡Ay!, yo también dudé cuando en mi corazón ardía el fuego de la mocedad, cuando mi fantasía acariciaba mentirosas ilusiones. Pero mi corazón se consumió en las llamas, y sólo cenizas quedan; las cenizas no arden. Sobre mi cabeza cayó la nieve de los años; bajo la nieve no brotan las flores... Escucha.

Hubo una pausa. No se oía otro rumor que el monótono y soñoliento del agua de la fuentecilla. El fraile continuó:

Dios hizo el mundo de la nada; con gala y verdores cubrió la tierra, y de frágil barro formó al hombre. Púsole en el paraíso del deleite y le instituyó dueño y señor de toda la tierra, de las aves del cielo y de los peces de los mares. Pero Adán, con este imperio, no era feliz; le faltaba la mujer.

Y cayó en un profundo sueño.

Compadecido Dios del hombre, quiso darle compañera: con cuidados de artista exquisito modeló el barro, vertió en él todas las gracias, encantos y primores, y nació Eva.

Para recibirla vistió la Naturaleza sus atavíos mejores: con gorjeos la saludaron las aves; las flores, con perfumes; el agua, con murmullos.

El sol se enredó en la undosa mata de su pelo.

Inflamada por el amor divino, la mujer elevó su mirada á la altura, y dos pedacitos de cielo azul, puro y transparente, reflejáronse en los limpios cristales de sus ojos.

Eva tuvo los ojos azules. Aún no se había fijado en el hombre.

Por entre espesuras y frondas deslizaba el Tigris su mansa corriente. Ansiosa de gozar su frescura, Eva sumergióse en las ondas. Abrazó el agua, con cariño de amante, aquel cuerpo blanquísimo, y, cantando su dicha, corrió por la pradera, besando con besos de espuma las amenas orillas, cubiertas de flores olorosas.

Eva salió del río lozana de juventud, espléndida de hermosura, radiante de belleza. Adán, que desde la orilla la contemplara, sintió el bullicioso correr de su sangre, el latir presuroso de su corazón sin tristezas; tuvo conciencia de la vida. Temblando de emoción, acercóse á la mujer primera, sin mancha y sin pecado. Sus pupilas, espejos del cielo, aún reflejaban el azul purísimo. El hombre las cerró, besándolas con ternura. Cuando Eva tornó á abrir los ojos, los tenía negros...

Se ahogó la voz del fraile, desvanecióse sobre el verdor de la umbría su alba figura.

Asustadas del ruido más leve, las lagartijas se deslizaban, ondulosas é inquietas, por los muros soleados. Sobre la losa de tumba cerca-

na, guardando el misterio de la muerte, un obispo dormía su eterno sueño de piedra. Rítmicamente goteaba la fuentecilla en el rincón húmedo y sombrío, bajo dosel de zarzas. En un rayo de sol se perseguían dos mariposas de fuego. Un vientecillo suave me trajo, envuelto en su perfume, jubiloso rumor de femeniles risas.

Y parecióme que por entre el encaje de la fronda, al dolor de la vida y al amor que la alegra, me atraía el llameante mirar de los ojos negros.

EL CASTIGO

CUENTO

Nada había para mí más agradable, en las tardes frías y tristes del invierno, que aquella hora de conversación erudita, amena y plácida, en la suave penumbra de la tienda de antigüedades, entre armas herrumbrosas, sedas desteñidas, cuadros de borrosos lienzos, y maderas, marfiles y bronces en que, ignorados y hábiles artífices, habían derrochado primores de talla. Aunque todos los tertulios eran ancianos graves y de seso, gente culta y entendida en todo linaje de conocimientos, y yo el único joven que á la reunión asistía, ninguno de ellos extrañaba mi presencia en aquel sitio.

Acostumbrados á ver confundidos y revueltos siglos y épocas, el casco y el chambergo, la cota y la ropilla, no les parecía raro ni juzgaban extraño ver confundida; con su apacible vejez, mi briosa mocedad; además de que yo, por gustos y aficiones, soy muy dado á lo antiguo, y, aunque poco entendido, en materia de arte me entusiasman las obras en que el trascurso del tiempo ha impreso su venerable pátina.

Curiosidades arqueológicas, descubrimientos artísticos, joyas olvidadas, estilos y escuelas, eran obligados temas de nuestras conversaciones, siendo á veces motivos de eruditas y acaloradas disputas, el dibujo ó el color de un lienzo, los labrados de un capitel, ó la flora de un friso.

Y no vaya á creerse, por lo dicho, que sólo ranciedades y puntos de ciencia enfadosa y árida nos ocupaban en aquellas agradables horas, que también se remozaba el ambiente, y hablando de amor y de mujeres, hubo ocasión para que los viejos se enternecieran con el recuerdo que es todo poesía, y yo me animara

con el deseo que es todo esperanza. Y si bien cuando se trataba de arte, reconociendo con justa modestia mis pocos sólidos conocimientos y mi superficial cultura, poco ó nada decía; tratándose de amores, echaba, como vulgarmente se dice, mi cuarto á espadas, siendo mis relatos, por lo recientes y frescos, causa de mal disimulada envidia. Bien es verdad que aquellos señores, hablaban de lo pasado, y yo de lo presente, ¡como que estaba en lo más dulce del amor!: en el aprendizaje.

Cada cual tenía su sitio favorito en el corro, y yo encontraba dulce descanso y cómoda postura en amplio sillón de baqueta, que á cien leguas delataba su procedencia monacal: olía á convento.

Frente á mí, y pendiente del muro del fondo, recreaba mi vista una Magdalena, hermosa en su desnudez incitante, copia de la del Correggio; un brasero de dorada copa templaba el ambiente, y al suave y dulce calor del fuego acudía un gracioso gato, que, sin duda, complacido de mis caricias, con graciosa desenvoltura, saltaba á mis rodillas, y en ellas confian-

zudamente á su sabor dormía. Este detalle y otros, como él característicos, tenían para mí encanto irresistible. Era aquel un sitio verdaderamente delicioso.

Una de aquellas tardes, en que empezando á discutir de estilo gótico, concluímos hablando de mujeres, no sé quien dijo ó apuntó algo de la necia moda de teñirse el pelo, y aquello produjo infinidad de exclamaciones y protestas.

Don Leandro, el más viejo, el más erudito, y el más ameno, de los tertulianos, ardiente defensor de las morenas, gritó:

—Es incomprensible que mujeres que con su color verdadero son guapísimas, se empeñen en desfigurarse con tintes y afeites, que las afean, ajan y marchitan.

—¡Es un furor de rubias!—exclamó otro.

—Morenas preciosísimas, sólo por seguir la moda, se convierten en rubias, con notoria desventaja de su belleza—dijo un tercero. ¡Eso es ridículo! Debiera castigarse.

—¡Alto ahí!—interrumpió á este punto don Leandro. No sé quien ha dicho que debería

castigarse, y esto me hace recordar cierta historia que ha tiempo leí en un libro de mística.

—¿Qué historia?—preguntamos ansiosos de oirla, pues conocíamos las dotes de narrador ameno que adornaban al decano de la reunión.

—Verán ustedes—Y después de dar dos chupadas al cigarro—D. Leandro era fumador impenitente, y de las peores tagarninas peninsulares—habló de esta manera:

Ya saben los que me oyen, mi afición á toda clase de libros. No hay librería de viejo, almoneda ni baratillo que yo no revuelva y escudriñe en mi insaciable afán de antiguallas y curiosidades. Infatible rebuscador, adquiero todo lo que me parece de algún interés, y tengo grande entusiasmo y verdadera predilección por el siglo de oro. Los místicos me encantan: me produce grato deleite, el lenguaje que para hablar con Dios emplean, y que es en unos de pompa majestuosa, de sublime sencillez en otros; elegantísimo en todos.

Un día, revolviendo en un montón de libros, entre tratados de medicina y colecciones de discursos, encontré un tomo encuader-

nado en pergamino, y que por su aspecto me pareció libro de devoción ó de rezo. No me equivoqué: libro de mística era; lo adquirí por tres perras grandes, y como oro en paño lo conservo. Es el autor anónimo; pero la elegancia de su estilo, en extremo notable, recuerda las más preciadas obras del jesuíta Rivadeneira. Hojeando al azar encontré la historia á que me refiero, y que viene á reforzar nuestra opinión sobre mudanza de colores, de pelos y rostros.

No es nuevo el asunto. El insigne Fray Luis, en *La perfecta casada*, afea el uso de los afeites, y los condena, no sólo con razones tomadas de la misma naturaleza, sino también con dichos y sentencias de los padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura.

Son admirables las palabras que el maestro escribe, y no lo son menos los testimonios de San Cipriano, San Ambrosio y Clemente Alejandrino, que en apoyo de sus razones cita. ¡Hasta el poeta Menandro lanza de su casa á la mujer que se enrubia, y dice:

Ve fuera de esta casa, que la buena
no trata de hacer rubios los cabellos.

Pues bien; refiriéndose á esto, y tronando contra la mujer, á quien los místicos consideraron como cebo de perdición demoniaca, dice el autor anónimo, en precioso estilo, que á mediados del siglo XVII, en la licenciosa época de Felipe IV, residía en la corte un caballero de abolengo glorioso y linajuda nobleza, Comendador del hábito de Santiago, y padre amantísimo de tres preciosas y gentiles doncellas.

Eran las tres morenas; con el mismo fuego abrasaban sus ojos negros, igual admiración causaba su andar airoso; y en punto á donaire y gracia, no podría decirse cual de ellas á las otras aventajaba.

Pero si en gracias, hechizos y primores del cuerpo eran las tres iguales, grandemente se diferenciaban en las prendas del espíritu, y eran sus gustos diversos y distintas sus aficiones.

Las dos mayores, á la edad en que el amor despierta, para soñar después, sintieron sus corazones encendidos en el fuego de la amorosa llama, y al amparo de un manto, en los

bosquecillos del Retiro, en los sotos ribereños del Manzanares ó en las umbrosas enramadas de la Casa de Campo, corrieron mil galantes aventuras y fueron codiciadas protagonistas de lances amorosos. La tercera, por el contrario, era de tan honesta condición y de tan recatada hermosura, que no hubo galán que se preciara de cotejarla ni de haber de ella recibido favores de amor. Empleó el fuego, que en su alma ardía, en amar á Dios, y en arrobos dulces, delectaciones místicas, devociones y rezos, pasaba todas las horas del día y las más de la noche; siendo aquellos sus sentimientos religiosos, más celosos de su honra y guardadores de su honestidad, que las rejas que en las ventanas de su palacio había, y que causaban la desesperación de sus alegres é inflamables hermanas.

Dice el autor que las mayores, damas traviesas como las de Tirso, y como ellas graciosas y desenfadadas, alborotaron la corte con sus liviandades, y que la más joven, sacrificando la hermosura con que pudo hacerse amar en la tierra, por ganar el cielo, empleábase en

ásperas penitencias y exagerados ayunos. Bien es verdad que en aquellos tiempos sólo había dos caminos: amor ó rezo.

Pero como no hay hermosura sin mancha, virtud sin desmayos ni alma sin flaquezas, la religiosa doncella, no obstante sus místicas aficiones, era presumida, y en su afán de acicalarse y componerse, dió en la necia manía de teñir de rubio la hermosa mata de su pelo negro y de enmascarar su tez, suavemente tostada, con hipócrita capa de blanquísimo afeite.

Tal vez creyó que el color moreno no correspondía á las blancuras de su alma, y en su anhelo de espiritualizarlo todo, soñando con parecerse á los angelotes rubios de altares y retablos, puso por obra tan desdichadísimo pensamiento: acaso móviles de femenil coquetería, de índole no tan espiritual y mística, á ello la indujeran. Como quiera que sea, el caso es que la joven convirtióse, de morena picante y graciosa, en deslavazada rubia, y sin pararse á considerar que el uso de los afeites era pecado gravísimo, pasábase el día recorriendo iglesias y pensando solamente en salvar su

alma, en el tránsito á la gloriosa vida de los bienaventurados, que en derredor del divino trono cantan alabanzas del Señor.

No se dice en la historia, acaso porque á su finalidad no conviene, si las traviesas hermanas, en jugueteos de amor lograran esposo ó perdieron la honra. Habla solo de la falsa rubia y, llegando al triste y desconsolador desenlace, el autor nos cuenta cómo la infeliz y soñadora doncella, acaso por las humedades de las iglesias, contrajo malignas calenturas, y después de brava lucha que con ellas sostuvo su lozana juventud, murió tranquila y cristianamente con el nombre de Dios en los labios y con la esperanza de la gloria en su purísimo corazón.

Al llegar á este punto, el autor se nos muestra vidente, y con las alas que la fe presta á su fantasía, se remonta y vuela á las gloriosas regiones, dejando correr la mística pluma en párrafos admirables que cantan sus excelencias y maravillas.

Permitidme que yo no le siga; y que para concluir abrevie. Fuera de este mundo y des-

ligada de sus bajas realidades, la virgen emprendió su ascensión á la gloria, por el camino azul empedrado de estrellas.

En las puertas del cielo, el varón apostólico encargado de su guarda, dormía, cansado sin duda de esperar en vano que un alma subiera á aquellas alturas. Del sueño le sacó la presencia de aquella mujer gallarda y hermosa, que con paso firme y actitud resuelta, hacia él se dirigía.

—¿Qué deseas?—le dijo Pedro cortándole el paso.

—Entrar en el cielo—contestó ella resueltamente.

—¿Cómo te llamabas en el mundo?

—Celia Mendoza.

—¿Qué méritos alegas para obtener la vida inmortal de bienandanzas?

—Amar á Dios sobre todas las cosas, emplearme en su servicio y bendecir su nombre.

Pedro la miró de alto abajo, complacióle sin duda su hermosura que los resplandores gloriosos realzaban; le dijo: «Espera,» y abriendo la puerta se coló en el cielo.

—Señor—dijo Pedro, ya en presencia de Dios — una doncella pretende entrar en tu reino.

—¿Qué méritos alega—preguntó el Altísimo.

—Amarte sobre todas las cosas, emplearse en tu servicio y bendecir tu nombre.

—No es poco—dijo el Padre Eterno.—¿Y ha dicho cómo se llama?

—Celia de Mendoza.

—¡Ah! una Celia de Mendoza mandé á la tierra para que ganase el cielo, y lo ha ganado. Es morena y pálida, ¿no es verdad, Pedro?

No, señor; rubia y muy rubia—replicó el apóstol.—Y queriendo hacer un alarde de poeta, añadió:—Blanca como la nieve y rubia como el oro.

—La Celia Mendoza que envié á la tierra y que merece el cielo, es morena y de pelo negrísimo. ¿Ésta dices que es rubia y blanca? Que no pase, Pedro. No la conozco.

EL RETRATO DE DON QUIJOTE

Hasta la fecha, ningún artista acertara con la expresión del ingenioso hidalgo. Maestros del pincel y del lápiz estrelláronse ante la figura de Don Quijote. Ateniéndose á las palabras de Cervantes, todos le representaron como hombre de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro; pero nadie supo infundirle el espíritu, caballeresco y noble, que en generoso desvarío sembrara el bien y distribuyera la justicia por las llanuras manchegas.

Pintáronle unos en el alborear de su gentil locura.

En el silencio de la casa aldeana, el buen Quijano dase á leer los libros de caballerías. Palmerines y Belianises, con sus quiméricas aventuras, tejen la red de ensueño que hubo de aprisionar el juicio del hidalgo razonador y prudente. Por la ventana de cuarterones penetra, en raudales de luz deslumbradora, el sol de la Mancha. Con moho de olvido y herrumbre de abandono, en un rincón yacen las viejas armas—el espaldar y el peto, el lanzón, la espada.—Aún Sancho cultiva su pegujal, y el rocín manso se emplea en los humildes menesteres de la vida labriega.

Dibujáronle otros en los más peligrosos empeños de sus andanzas locas. Ante los cabreros, que atónitos le escuchan, Don Quijote rememora aquellos dorados siglos en que no había tuyo ni mío, mientras que Panza embaula tasajo y da tientos al zaque. Un ventero, maleante y pícaro, le administra la pescozada y el espaldarazo; una moza del partido le calza la espuela, otra le ciñe la espada. Las aspas de un molino—desaforado gigante—le derriban maltrecho. Y al vencedor de caballeros, mozos

de mula, le dejan sobre el campo, molido como cibera.

Pero ni en el amanecer de su desvarío, ni al culminar en el meridiano su locura, acertaron nuestros artistas con la representación de Don Quijote. No pudieron los trazos del pincel ni los rasgos de la pluma encerrar en la cárcel del cuerpo el alma del manchego loco. Acaso porque vive en todas las imaginaciones, no puede brotar de una sola. Y es que nunca vimos asomar á humanos ojos espíritu tan alto y generoso, y jamás tales sentimientos y anhelos de bien y de justicia vivieran hermanados, haciendo latir un corazón de hombre.

¿En qué líneas puede encerrarse, qué pinceladas darán la expresión al rostro, la gallardía al continente?

Yo juzgo esteril y vano cuanto se haga en este sentido.

Sírvennos las escenas pintadas del *Quijote* para conocer otras figuras y otros tipos, producto de la observación de Cervantes en su existencia pobre y azarosa. El ventero socarrón y ventrudo, la sucia maritornes, el barbe-

ro y el cura, los galeotes y los yangüeses, viven en los lienzos con la misma intensidad y justeza que en las palabras de Cervantes. Son almas vulgarísimas, espíritus petrificados, ó movidos de groseros estímulos, de ruindad y de bajeza. ¿Y quién no recuerda de unos ojos que trasluzcan villanos egoismos, de un rostro que encubra deslealtades, de unos brazos que arrojen piedras contra aquel que su libertad les proporcione?

En el curso de la vida tropezaremos con sentimientos é ideas de venteros y maritornes, de galeotes y de yangüeses; pero nunca, ni á ojos de cuerdo ni á mirar de loco, veremos asomar el espíritu que, con pago de burlas, de pedradas y de coces, defienda á los menesterosos y ampare á los desvalidos.

Antes del día, por la puerta falsa del corral, D. Quijote sale al campo. Abandona el vagar y el reposo de su vida de hidalgüelo pobre por la dureza de su profesión de andante caballero. Su mirada, lejana y recta de hijo de llanura, se pierde como un surco de la tierra en los horizontes azules. Allá, en la planicie de la

Mancha, hay gente que llora desventuras, viudas y huérfanos que reclaman el vigoroso empuje de su brazo.

Don Quijote se afirma en los estribos, empuña la lanza, y el rocín manso trota como corcel de guerra.

En aquel instante, ¡cómo brillarían los ojos del hidalgo!

¡Jamás artista alguno acertará á dar al rostro seco y al cuerpo flaco la expresión de aquella su gentil locura!

FIN

ÍNDICE

INDICE

FLOR PAGANA

Págs.

Flor pagana. 9

BÍBLICA

Cristo, sólo. 15

SERRANAS

De las ciudades viejas. 31
La loba parda. 37
Las brujas de las aguas. 47
En el camino. 53